Bajo sospecha

Relatos policiales

LIBROS Y CASAS

Este libro pertenece a:

Bajo sospecha

Relatos policiales

Autoridades nacionales

Presidente de la Nación
Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros
Dr. Juan Manzur

Ministerio de Cultura de la Nación
Prof. Tristán Bauer

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat de la Nación
Ing. Jorge Horacio Ferraresi

Ministerio de Educación de la Nación
Lic. Jaime Perczyk

LIBROS Y CASAS

Bajo sospecha

Relatos policiales

Coordinación editorial
Bárbara Talazac y Daniela Allerbon

Edición
Pilar Amoia

Asistencia editorial
Bárbara Talazac y Ariadna Castellarnau

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Jimena Celis y Javier Bernardo

Imagen de tapa
Viviana Blanco / Nombre de la obra:
Crónica de un niño eterno

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib y María Nochteff Avendaño

Digitalización
Biblioteca Nacional

El programa Libros y Casas está integrado por Bárbara Talazac, Débora Ruiz, Victoria Sandri, Virginia Lauricella, Cecilia Ferreiroa, Juan Fossati y Pilar Amoia.

Bajo sospecha : relatos policiales / Roberto Arlt... [et al.] ; adaptado por Bárbara Talazac ; Ariadna Castellarnau ; Pilar Amoia ; coordinación general de Bárbara Talazac ; Daniela Allerbon ; fotografías de Viviana Blanco. – 2a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2021. 96 p. ; 20 x 14 cm. – (Libros y Casas)

ISBN 978-987-8915-05-0

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Cuentos Policiales. I. Arlt, Roberto. II. Talazac, Bárbara, adapt. III. Castellarnau, Ariadna, adapt. IV. Amoia, Pilar, adapt. V. Allerbon, Daniela, coord. VI. Blanco, Viviana, fot.
CDD A863

Programa Libros y Casas

El programa **Libros y Casas** te acerca esta biblioteca en la que vas a encontrar literatura para grandes y chicxs, poesías, libros ilustrados, una guía sobre los derechos de las mujeres y diversidades, y clásicos de la literatura argentina y universal, entre otros. La selección fue especialmente pensada para que cada integrante de la familia pueda encontrar las historias que más le gusten. Hay cuentos de amor, de fútbol, de terror, de enigma, poemas de diferentes épocas y un libro de mitos y leyendas de pueblos originarios. Esta colección está dirigida tanto a las familias beneficiarias de los Planes Federales de Vivienda, como a lxs participantes y agentes de las actividades formativas que se brindan en espacios comunitarios: bibliotecas, escuelas y centros de integración.

Desde 2007, Libros y Casas ha brindado más de mil talleres de lectura, facilitado más de cien mil bibliotecas y entregado un millón ochocientos mil libros a lo largo de todo el país. La lectura nos hace más libres, nos ayuda a expandir el pensamiento crítico y propio, y a construir nuestra ciudadanía. Además estimula la imaginación, potencia la creatividad, amplía nuestro mundo y nos prepara para usar nuevas tecnologías. Esperamos que

esta biblioteca habilite momentos (por más breves que sean) de placer, nuevas ideas y entusiasmo.

Por todo esto, te invitamos a conocer y transitar estos libros, a que los compartas con tus familiares, amigxs y vecinxs, a que los lleves con vos y te acompañen a donde vayas.

10 motivos para tener libros en casa

• Porque intercambiar opiniones sobre lecturas y hablar de libros es un espacio ganado al vacío.

• Porque la lectura es una llave para formar un punto de vista propio, un lugar de singularidad y resistencia.

• Porque en una biblioteca podemos encontrar respuestas a algo que nos pasa, conocer otras voces, otras realidades y ampliar nuestra sensibilidad.

• Porque leer no es un lujo. Participar de la cultura es un derecho y también lo es poder generar espacios para la lectura.

• Porque leer nos interpela a pensar, sentir, experimentar e imaginar.

• Porque cada texto hace eco en lugares que desconocemos de nuestra historia, que se puede enriquecer en el encuentro con creaciones literarias de otrxs.

• Porque leer fortalece nuestras capacidades y habilidades para interactuar con el mundo.

• Para habilitar lecturas en soledad y también colectivas, junto a amigxs, familiares, pareja o vecinxs.

• Para apropiarnos de los libros, recorrerlos con libertad, a nuestro tiempo, modo y antojo.

• En definitiva, porque leer implica reconocer que algo nos falta y eso se parece mucho al deseo. La lectura pone en movimiento nuestros deseos y, por extensión, a la vida.

Índice

11. **Introducción**

14. **El crimen casi perfecto** / Roberto Arlt
"… la evidencia de que ella estaba distraída leyendo un periódico cuando la sorprendió la muerte transformaba en disparatada la prueba mecánica del suicidio".

22. **La muerta en su cama** / Selva Almada
"Algo en la aparente armonía del cuerpo acostado boca arriba, los brazos a los costados, el cubrecama doblado sobre el pecho de la muchacha, el cabello prolijamente esparcido sobre la almohada, algo llamó la atención de la mujer".

28. **Un día después** / Vicente Battista
"También yo me iba a encontrar con una mujer joven, pero no iba a disfrutar del fin de semana: iba a matarla".

36. **La puerta de bronce** / Ana Victoria Cecchi
"Lucio no pudo desoír aquella orden como no se puede desoír el llamado de la muerte. Escoltado por la luz de los faroles regresó al coche y al jardín desierto en el que creyó ver a su niña entre las flores".

44. **Blanca y radiante iba la novia** / Ricardo Ragendorfer
"Ocampo descargó sobre Felicitas una lluvia de reproches. Y ella lo rechazó con frialdad. Finalmente se escucharon dos detonaciones. Y, luego, el silencio".

52. **Turismo Carretera** / María Inés Krimer
"Mientras él le cuenta los problemas para la importación de repuestos, ella nota que se detiene en la foto de Vera. Es otra mirada".

66. **El ciclista serial** / Marcelo Guerrieri
"Qué me vienen con grupos de diez tipos que siguen la pista de un vendedor de remeras falsificadas y terminan hablando del partido del domingo por walkie talkie. Nada de eso; yo soy un clásico, al estilo Sherlock Holmes: el sagaz detective García y su inseparable ayudante Amadeo".

86. **Una cuestión de química, digamos** / Roberto Bardini
"El gordo no podía saberlo, pero yo no era el hombre indicado para llevar el maletín porque desprecio a los ricachones que envían divisas al exterior".

Introducción

En diciembre de 1841, Edgar Allan Poe (Estados Unidos, 1809-1949) publicó en la revista *Graham's Magazine* "Los crímenes de la calle Morgue", el relato en el que aparece por primera vez Auguste Dupin, el abuelo de todos los detectives, un tipo elegante, irónico y con un impecable análisis deductivo, es decir, un tipo de razonamiento cuya conclusión es una consecuencia de la idea que se plantea. De Dupin nacieron Sherlock Holmes, creado por Arthur Conan Doyle (Reino Unido, 1859-1930), Hercule Poirot, creado por Agatha Christie (Reino Unido, 1890-1976), el padre Brown, de Gilbert K. Chesterton (Reino Unido, 1890-1936), y también los detectives privados del policial estadounidense, como Philip Marlowe, de Raymond Chandler (Estados Unidos, 1888-1959) o Sam Spade, de Dashiell Hammet (Estados Unidos, 1894-1961). Pero Edgar Allan Poe no solo creó al detective, sino también las normas del género policial, que podemos resumir en: un hecho atroz, casi siempre un asesinato, cometido en circunstancias extrañas por una persona culpable que ha desaparecido y dejó solo algunos indicios.

El enigma policial es una forma narrativa perfecta encerrada en sí misma y que seduce a la persona que lo lee casi de manera inmediata porque interpela nuestro deseo de averiguar lo que está oculto y nuestro instinto de justicia. Lo mejor de los misterios es la posibilidad de resolverlos. Y ahí está el policial para hacernos creer que detrás de cada incógnita, de cada enigma, está la llave que encaja en la cerradura y resuelve el misterio. Pero no solo eso. El policial es también la promesa de un orden: todos los elementos dispersos que rodean un crimen se van ordenando en una música cada vez más comprensible hasta el explosivo desenlace, es decir, hasta la apoteosis final. Quien resuelve y la justicia vencen y la luz de la razón cierra la historia con precisión geométrica (aquello que Borges llamaba "la maravilla en la solución").

El policial nacional comenzó a fines del siglo XIX con *La huella del crimen* de Raúl Waleis, seudónimo de Luis Vicente Varela (Uruguay, 1845-Argentina, 1911). Son muchas las personas que han incursionado en este género, tal vez porque es el que mejor permite medir las cualidades narrativas de quien escribe porque al tener nomas tan estrictas, se encuentra frente a la disyuntiva de ser fiel al género y a la vez original, al mismo tiempo que se esfuerza por construir una trama perfecta.

Suele decirse que el policial argentino reúne las dos grandes corrientes del género: el policial de enigma (en el cual "quién lo hizo" y "cómo lo hizo" son el corazón del relato) y el policial negro (en el que lo más importante es el trasfondo de violencia e inmoralidad del que la persona que investiga nunca sale limpia). El cuento de Roberto Arlt, "El crimen casi perfecto", recogido en esta antología responde

a la tradición del relato de enigma; de hecho, es considerado una pieza maestra del género. "El ciclista serial", de Marcelo Guerrieri, es otro policial de enigma, aunque con un tono de burla, paródico y con una vuelta de tuerca increíble al final. En cambio, los cuentos "Un día después", de Vicente Battista, y "Turismo Carretera", de Marina Inés Krimer, podrían asociarse con el policial negro. Muy interesante es también el caso de dos escritoras no vinculadas necesariamente con el policial, pero que abren nuevos caminos para el género, como son los casos de Selva Almada, "La muerta en su cama", y de Ana Victoria Cecchi, "La puerta de bronce", cuyos relatos se acercan a la crónica policial, pero sin olvidar jamás el misterio y la turbulencia que envuelven el crimen.

Los relatos de esta antología asustan e intrigan, son el dedo frío que nos recorre por sorpresa la espalda y nos hace estremecer. El enigma nos mantiene en estado de alerta hasta el final generando inquietud por lo que vendrá a continuación, por descubrir lo sucedido antes de que empezáramos a leer, cuando la persona homicida todavía no había abandonado la escena del crimen y el cuerpo estaba aún caliente

"Indudablemente, el oficio del periodista es de lo más singular que existe en lo de aventuras extrañas. Y esta ciudad tiene materiales vivientes para confeccionar todo género de locuras".

Roberto Arlt

Roberto Arlt

Buenos Aires, 1900 – 1942

Escritor y periodista argentino, una de las figuras más singulares de la literatura rioplatense. Autodidacta, lector de Nietzsche y de la gran narrativa rusa (Dostoievski, Gorki). Se lo considera el introductor de la novela moderna en la Argentina. Para muchos, su obra más acabada es *Los siete locos* (1929), una novela sobre la impotencia del hombre frente a la sociedad que lo oprime y lo condena a traicionar sus ideales. La novelística de Arlt incluye también *Los lanzallamas* (1931) y *El amor brujo* (1932). Arlt retrató la realidad de un modo descarnado; por ello, algunos de sus libros causaron revuelo y escándalo.

El crimen casi perfecto

La coartada de los tres hermanos de la suicida fue verificada. Ellos no habían mentido. El mayor, Juan, permaneció desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche (la señora Stevens se suicidó entre siete y diez de la noche) detenido en una comisaría por su participación imprudente en un accidente de tránsito. El segundo hermano, Esteban, se encontraba en el pueblo de Lister desde las seis de la tarde de aquel día hasta las nueve del siguiente, y en cuanto al tercero, el doctor Pablo, no se había apartado ni un momento del laboratorio de análisis de leche de la Erpa Cía., donde estaba adjunto a la sección de dosificación de mantecas en las cremas.

Lo más curioso del caso es que aquel día los tres hermanos almorzaron con la suicida para festejar su cumpleaños, y ella, a su vez, en ningún momento dejó traslucir su intención funesta. Comieron todos alegremente; luego, a las dos de la tarde, los hombres se retiraron.

Funesta
Dañina, mala, siniestra.

Sus declaraciones coincidían en un todo con las de la antigua doméstica que servía hacía muchos años a la señora

Stevens. Esta mujer que dormía afuera del departamento, a las siete de la tarde se retiró a su casa. La última orden que recibió de la señora Stevens fue que le enviara por el portero un diario de la tarde. La criada se marchó; a las siete y diez el portero le entregó a la señora Stevens el diario pedido, y el proceso de acción que esta siguió antes de matarse se presume lógicamente así: la propietaria revisó las adiciones en las libretas donde llevaba anotadas las entradas y salidas de su contabilidad doméstica, porque las libretas se encontraban sobre la mesa del comedor con algunos gastos del día subrayados; luego se sirvió un vaso de agua con whisky, y en esta mezcla arrojó aproximadamente medio gramo de cianuro de potasio. A continuación se puso a leer el diario, bebió el veneno y, al sentirse morir, trató de ponerse de pie y cayó sobre la alfombra. El periódico fue hallado entre sus dedos tremendamente contraídos.

Cianuro de potasio
Tipo de veneno mortal.

Tal era la primera hipótesis que se desprendía del conjunto de cosas ordenadas pacíficamente en el interior del departamento; pero, como se puede apreciar, este proceso de suicidio está cargado de absurdos psicológicos. Ninguno de los funcionarios que intervinimos en la investigación podíamos aceptar congruentemente que la señora Stevens se hubiese suicidado. Sin embargo, únicamente la Stevens podía haber echado el cianuro en el vaso. El whisky no contenía veneno. El agua que se agregó al whisky también era pura. Podía presumirse que el veneno había sido depositado en el fondo o las paredes de la copa, pero el vaso utilizado por la suicida había sido retirado de un anaquel donde se hallaba una docena de vasos del mismo estilo; de manera que el presunto asesino

no podía saber si la Stevens iba a utilizar este o aquel. La oficina policial de química nos informó que ninguno de los vasos contenía veneno adherido a sus paredes.

El asunto no era fácil. Las primeras pruebas, pruebas mecánicas como las llamaba yo, nos inclinaban a aceptar que la viuda se había quitado la vida por su propia mano; pero la evidencia de que ella estaba distraída leyendo un periódico cuando la sorprendió la muerte transformaba en disparatada la prueba mecánica del suicidio.

Tal era la situación técnica del caso cuando yo fui designado por mis superiores para continuar ocupándome de él. En cuanto a los informes de nuestro gabinete de análisis, no cabía dudar. Únicamente en el vaso donde la señora Stevens había bebido se encontraba veneno. El agua y el whisky de las botellas eran completamente inofensivos. Por otra parte, la declaración del portero era terminante: nadie había visitado a la señora Stevens después de que él le alcanzó el periódico; de manera que si yo, después de algunas investigaciones superficiales, hubiese cerrado el sumario informando de un suicidio comprobado, mis superiores no hubiesen podido objetar palabra. Sin embargo, para mí, cerrar el sumario significaba confesarme fracasado. La señora Stevens había sido asesinada, y había un indicio que lo comprobaba: ¿dónde se hallaba el envase que contenía el veneno antes que ella lo arrojara en su bebida?

Por más que nosotros revisamos el departamento, no fue posible descubrir la caja, el sobre o el frasco que contuvo el tóxico. Aquel indicio resultaba extraordinariamente sugestivo. Además, había otro: los hermanos de la muerta eran tres bribones.

Los tres, en menos de diez años, habían despilfarrado los bienes que heredaron de sus padres. Actualmente sus medios de vida no eran del todo satisfactorios.

Juan trabajaba como ayudante de un procurador especializado en divorcios. Su conducta resultó más de una vez sospechosa y lindante con la presunción de un chantaje. Esteban era corredor de seguros, y había asegurado a su hermana en una gruesa suma a su favor; en cuanto a Pablo, trabajaba de veterinario, pero estaba descalificado por la justicia e inhabilitado para ejercer su profesión, convicto de haber dopado caballos. Para no morirse de hambre ingresó en la industria lechera, donde se ocupaba de los análisis.

Tales eran los hermanos de la señora Stevens. En cuanto a esta, había enviudado tres veces. El día de su "suicidio" cumplió 68 años; pero era una mujer extraordinariamente conservada, gruesa, robusta, enérgica, con el cabello totalmente renegrido. Podía aspirar a casarse una cuarta vez y manejaba su casa alegremente y con puño duro. Aficionada a los placeres de la mesa, su despensa estaba excelentemente provista de vinos y comestibles, y no cabe duda de que sin aquel "accidente" la viuda hubiera vivido cien años. Suponer que una mujer de ese carácter era capaz de suicidarse es desconocer la naturaleza humana. Su muerte beneficiaba a cada uno de los tres hermanos con doscientos treinta mil pesos.

La criada de la muerta era una mujer casi estúpida, y utilizada por aquella en las labores groseras de la casa. Ahora estaba prácticamente aterrorizada al verse engranada en un procedimiento judicial.

El cadáver fue descubierto por el portero y la sirvienta a las siete de la mañana, hora en que esta, no pudiendo abrir

la puerta porque las hojas estaban aseguradas por dentro con cadena de acero, llamó en su auxilio al encargado de la casa. A las once de la mañana, como creo haber dicho anteriormente, estaban en nuestro poder los informes del laboratorio de análisis; a las tres de la tarde abandonaba yo la habitación en que quedaba detenida la sirvienta, con una idea brincando en el magín: ¿y si alguien había entrado en el departamento de la viuda rompiendo un vidrio de la ventana, y colocando otro después que volcó el veneno en el vaso? Era una fantasía de novela policial: pero convenía verificar la hipótesis.

Magín
Imaginación.

Salí decepcionado del departamento. Mi conjetura era absolutamente disparatada: la masilla solidificada no revelaba mudanza alguna.

Eché a caminar sin prisa. El "suicidio" de la señora Stevens me preocupaba (diré una enormidad) no policialmente, sino deportivamente. Yo estaba en presencia de un asesino sagacísimo, posiblemente uno de los tres hermanos que había utilizado un recurso simple y complicado, pero imposible de presumir en la nitidez de aquel vacío.

Absorbido por mis cavilaciones, entré en un café, y tan identificado estaba en mis conjeturas, que yo, que nunca bebo bebidas alcohólicas, automáticamente pedí un whisky. ¿Cuánto tiempo permaneció el whisky servido frente a mis ojos? No lo sé; pero de pronto mis ojos vieron el vaso de whisky, la garrafa de agua y un plato con trozos de hielo. Atónito quedé mirando el conjunto aquel. De pronto, una idea alumbró mi curiosidad, llamé al camarero, le pagué la bebida que no había tomado, subí apresuradamente a un automóvil y me dirigí a la casa de la sirvienta. Una hipótesis

daba grande saltos en mi cerebro. Entré en la habitación donde estaba detenida, me senté frente a ella y le dije:

—Míreme bien y fíjese en lo que va a contestar: la señora Stevens ¿tomaba el whisky con hielo o sin hielo?

—Con hielo, señor.

—¿Dónde compraba el hielo?

—No lo compraba, señor. En casa había una heladera pequeña que lo fabricaba en pancitos. —Y la criada, casi iluminada, prosiguió, a pesar de su estupidez—: Ahora que me acuerdo, la heladera, hasta ayer, que vino el señor Pablo, estaba descompuesta. Él se encargó de arreglarla en un momento.

Una hora después nos encontrábamos en el departamento de la suicida, el químico de nuestra oficina de análisis, el técnico de la fábrica que había vendido la heladera a la señora Stevens y el juez del crimen. El técnico retiró el agua que se encontraba en el depósito congelador de la heladera y varios pancitos de hielo. El químico inició la operación destinada a revelar la presencia del tóxico, y a los pocos minutos pudo manifestarnos:

—El agua está envenenada y los panes de este hielo están fabricados con agua envenenada.

Nos miramos jubilosamente. El misterio estaba desentrañado.

Ahora era un juego reconstruir el crimen.

El doctor Pablo, al reparar el fusible de la heladera (defecto que localizó el técnico), arrojó en el depósito congelador una cantidad de cianuro disuelto. Después, ignorante de lo que aguardaba, la señora Stevens preparó un whisky; del depósito retiró un pancito de hielo (lo cual explicaba que el plato con hielo disuelto se encontrara sobre la

mesa), el cual, al desleírse en el alcohol, lo envenenó poderosamente debido a su alta concentración. Sin imaginarse que la muerte la aguardaba en su vicio, la señora Stevens se puso a leer el periódico, hasta que juzgando el whisky suficientemente enfriado, bebió un sorbo. Los efectos no se hicieron esperar.

No quedaba sino ir en busca del veterinario. Inútilmente lo aguardamos en su casa. Ignorábamos dónde se encontraba. Del laboratorio donde trabajaba nos informaron que llegaría a las diez de la noche.

A las once, yo, mi superior y el juez nos presentamos en el laboratorio de la Erpa. El doctor Pablo, en cuanto nos vio comparecer en grupo, levantó el brazo como si quisiera anatemizar nuestras investigaciones, abrió la boca y se desplomó inerte junto a la mesa de mármol. Lo había muerto un síncope. En su armario se encontraba un frasco de veneno. Fue el asesino más ingenioso que conocí.

Anatemizar
Condenar, reprobar.

Mundo Argentino, 29 de mayo de 1940

❦

Este cuento se publicó en *Cuentos completos*.

Si te gustó…
Chicas muertas, cuentos de Selva Almada; *Diez cuentos policiales argentinos*, antología de Rodolfo Walsh; *La virgen en tus ojos*, novela de Florencia Etcheves; *Los muertos de la arena*, novela de Elvio Gandolfo y Gabriel Sosa; *La casa del mar*, serie dirigida por Juan Pablo Laplace; *El aura*, película dirigida por Fabián Bilinsky.

"La historia de este relato ocurrió cerca de mi pueblo en Entre Ríos, en los años 80 cuando yo tenía 13 años. Una adolescente asesinada, en su propia casa, en su cama, mientras dormía, fue una iniciación brutal al mundo de las mujeres. Aunque forma parte de esta antología de relato policial, me gustaría aclarar que los femicidios no son simples casos policiales: no son equiparables a los asesinatos que ocurren en situaciones de lo que llamamos "inseguridad". Son crímenes de odio y, por lo tanto, están profundamente entramados con la sociedad que somos y con la responsabilidad que tenemos cada une en desmontar la cultura misógina".

Selva Almada, septiembre 2021

Selva Almada

Entre Ríos, 1973

Escritora argentina. Es autora de varios libros de cuentos y de poesías. Su primera novela, *El viento que arrasa* (2012) tuvo un excelente recibimiento y en 2019 recibió el First Book Award del Festival Internacional de Edimburgo. Es autora además de las novelas *Ladrilleros* (2013), *No es un río* (2020) y de los libros de cuentos *Chicas muertas* (2014) y E*l desapego es una forma de querernos* (2015), entre otros. Sus obras han sido traducidas al inglés, francés, alemán, holandés, portugués, turco y sueco.

La muerta en su cama

San José es un pueblo chico de la provincia de Entre Ríos, en la costa del Uruguay. No se levanta sobre el río, sino a unos pocos kilómetros: es el pariente pobre de Colón. Fue una de las primeras colonias agrícolas del país; sus primeros pobladores llegaron de Piamonte (Italia), Saboya (Francia) y el Cantón de Valais (Suiza). Tiene un museo histórico bastante importante y completo, el primer Tiro Federal del país (no sé si esto signifique algo, pero es un dato que aparece en las guías de turismo de la región) y todos los años se realiza la Fiesta de la Colonización con desfile de carrozas y vestidos típicos, música y comida de las distintas colectividades.

Más allá de su pasado europeo, lo cierto es que la ciudad terminó de construirse alrededor del frigorífico Vizental. Terminó convirtiéndose en un pueblo de obreros.

En las épocas en que el frigorífico funcionaba a pleno, el olor que envolvía a San José era espantoso. Cuando íbamos a visitar a mi tía que vive en Colón y pasábamos por allí en el colectivo nos tapábamos la nariz y la boca para no sentirlo. Pese a todo, había algo hermoso en esa enorme

planta con chimeneas humeantes y playones de cemento por donde entraban y salían camiones y, a un costado, se estacionaban en hilera cientos de bicicletas. Si uno pasaba a la tardecita o de madrugada, se cruzaba con grupos de obreros completamente vestidos de blanco, con botas de goma también blancas, que pedaleaban despacito por la orilla de la ruta.

San José siempre fue para mí un pueblo de paso. No lo conozco sino desde arriba de un micro, pero ya desde pequeña me parecía un sitio muy triste.

El 16 de noviembre de 1986, tenía 13 años bien cumplidos. Habían pasado unos cinco o seis veranos desde que la Romina me encerraba en la pieza del Luisango y hacía rato que habíamos dejado de ser amigas. Había pasado un verano entero desde aquel en que Mara y yo veíamos tomar sol a su tía en la terraza. Mara estaba pupila en el colegio adventista. Con Dalia fuimos a visitarla una vez ese año y nos mostró el dormitorio que compartía con otra chica, el salón de actos, el parque y el comedor –le decían buffet–. Todo muy nuevo, pulcro y ordenado: igual que en las películas yanquis. Mara también estaba distinta, ya no usaba vaqueros, sino polleras largas y guillerminas y hablaba más pausado. Nos cruzamos con algunos compañeros suyos y nos presentó, pero no hablamos mucho. Cuando nos despedimos, nos dimos un largo abrazo y Mara prometió que nos veríamos pronto. Aunque iba poco a su casa porque después le costaba volver a acostumbrarse a estar lejos.

Dalia y yo cursábamos nuestro primer año, división francés, en el Colegio Nacional. Teníamos nuevos compañeros y un montón de materias y profesores, y nos iba bastante bien.

Pero mi relato va hacia la chica muerta en San José, tan cerquita de mi pueblo. Una historia que nos conmocionó a todos y que todavía sigue dando vueltas en mi cabeza.

Esa noche, la del 15 al 16 de noviembre, Andrea, una hermosa estudiante del profesorado de psicología, no había ido al baile del club Santa Rosa como el resto de las jovencitas sanjosesinas.

Esos bailes eran famosos en la zona. Mi tía y sus amigas iban siempre. Cuando mejor se ponían era cuando el animador y pasadiscos de la noche era el Pato Benítez, uno que tenía un programa de radio en LT26. No sé si el Pato Benítez era un muchacho apuesto, me parece recordarlo más bien flacucho y narigón, pero como trabajaba en la radio, todas las chicas, empezando por mi tía, le andaban atrás. Igual no viene al caso. No sé si era quien animaba el baile de esa noche, pero bien podría haber sido.

Entonces esa noche Andrea no estuvo en el baile con su hermana y la barra de amigos. Salió un rato con su novio a dar unas vueltas en moto por el centro y tomar un helado. Luego, a eso de las doce de la noche, se despidieron: ella tenía un examen importante y debía estudiar.

Cuando lo acompañó hasta la calle, vio que se venía la tormenta, así que se apuró a entrar y meterse en la cama, con los apuntes en la mano.

En el dormitorio de al lado, pegado al que ocupaba con su hermana, dormían los padres y el hermano más chico.

Leyendo sus fotocopias, Andrea se quedó dormida.

Una hora después, tal vez la tormenta que chillaba y refucilaba sobre el pueblo, tal vez un ruido dentro de la casa, tal vez un mal presentimiento, despertó a su madre. La mujer fue directamente al dormitorio de las hijas,

encendió la luz. La que había ido al baile aún no había regresado, su cama seguía vacía, con las sábanas tensas metidas debajo del colchón. La otra, Andrea, dormía, parecía dormir. Algo en la aparente armonía del cuerpo acostado boca arriba, los brazos a los costados, el cubrecama doblado sobre el pecho de la muchacha, el cabello prolijamente esparcido sobre la almohada, algo llamó la atención de la mujer. Medio abombada por el sueño, no podía decir qué era lo que le hacía ruido en esa postal de Bella Durmiente. Hasta que se dio cuenta: sangre, unas gotitas de sangre en la nariz.

Sin atreverse a tocarla, llamó a su marido.

—¡Vení! ¡Vení te digo!

A Andrea la mataron de una puñalada en el corazón mientras dormía en su propia cama. No intentó defenderse, pero su cuerpo quedándose sin aire y sangre habrá sufrido espasmos, movimientos convulsos, durante dos o tres minutos, el tiempo que lleva morirse con una herida así. Sin embargo, su cuerpo estaba como tranquilamente dormido. El o los asesinos, antes de salir de la habitación, acomodaron amorosamente el cadáver de la chica.

A partir de que se supo la noticia, se dijeron muchas cosas. Todo ese verano hablaríamos de la chica muerta, su asesinato sería tema de conversación una y otra vez, aun cuando se terminaron las novedades y el caso empezó a estancarse.

Decían que para ir a dar aviso a la policía, el padre se había vestido y se había puesto zapatos acordonados. Los zapatos, sobre todo, eran un elemento de sospecha. Ante algo así, aseguraba la gente, uno sale en pijama y en patas, no se detiene a ponerse medias y atarse los cordones.

Decían que cuando la policía llegó, la madre había limpiado los pisos del dormitorio, dado vuelta el colchón y cambiado las sábanas. Además había lavado el cuerpo de su hija y le había puesto un camisón.

Decían esto y muchas otras cosas. La gente decía, inventaba porque no había, nunca hubo, novedades de la justicia.

Los padres y el novio encabezaron la lista de sospechosos, pero tampoco hubo pruebas concretas que los incriminaran. Ni ninguna razón de por qué alguien la quería muerta. La gente tejió y destejió a gusto. Se habló de magia negra, secta satánica, narcotráfico, prostitución, un amante celoso.

Pasaron veinte años y nunca se supo nada ni se resolvió el crimen. Probablemente el asesino de Andrea siga respirando el olor a tierra mojada que precede a las lluvias y sintiendo el sol sobre su cara. Mientras ella mira crecer las flores desde abajo.

La primera versión de este cuento se publicó en *In fraganti. Los mejores narradores de la nueva generación escriben sobre casos policiales*.

Si te gustó…

Enroque al odio, cuento de María Angélica Bosco; *La bolsa de huesos*, cuento de Eduardo Holmberg; *Mala leche*, novela de Alicia Plante; *Gutiérrez a secas*, novela de Vicente Battista; *¿Quién mató al Bebe Uriarte?*, serie dirigida por Gastón del Porto, Juan Pablo Arroyo y Alejandro Carreras; *Carancho*, película dirigida por Pablo Trapero.

"Fui leyendo, hasta que un día, sin dejar de leer, comencé a escribir y en eso sigo. Considero que uno escribe siempre, aunque no esté escribiendo. El placer por la lectura y por la escritura. Leer en principio tiene que causar gozo. Y lo mismo cuando estás escribiendo. Cuando escribís estás en el mejor de los mundos".

Vicente Batistta

Vicente Battista

Buenos Aires, 1940

Guionista y escritor argentino. Fue fundador y director de la revista de ficción y pensamiento crítico *Nuevos Aires*. Su primer libro de cuentos, *Los muertos*, fue premiado en 1967 por Casa de las Américas (Cuba) y por el Fondo Nacional de las Artes. En 1995, con su novela *Sucesos Argentinos*, ganó el Premio Planeta de la Argentina. Es autor, además, de las novelas *Ojos que no ven* (2012), *Cuadernos del ausente* (2009) y los cuentos *El mundo de los otros* (2006) y *La huella del crimen* (2007), entre otras publicaciones.

Un día después

Miré una vez más la foto: un rostro juvenil, de ojos grandes, labios sensuales y pelo agresivamente negro. Era una belleza insolente, a mitad de camino entre la inocencia y la perversidad.

—Se llama Mercedes Gasset y va a estar en el hotel Los Faraones el sábado al mediodía.

Asentí con un movimiento de cabeza. Me entregaron el cincuenta por ciento de lo pactado y el pasaje de ida y vuelta. Dijeron que confiaban en mí, que el resto lo recibiría al final del trabajo. Asentí otra vez y pregunté si habían pensado en un sitio en especial. Uno de ellos dijo que la Cueva de los Verdes podría ser el lugar adecuado y agregó que no me costaría mucho llevarla hasta ahí. Realmente me tenían confianza. Supe que era hora de despedirse. En un par de días tendría que volar a Lanzarote para encontrarme con Mercedes Gasset.

El vuelo fue tranquilo, debí soportar un compañero de asiento que había resuelto mitigar su soledad, o el miedo a las alturas, contándome el encanto de las Islas

Canarias. Le concedí un par de aprobaciones y simulé un sueño reparador. No me interesaban las islas y jamás había estado en Lanzarote, solo tenía una vaga referencia por un cuento, o cierto capítulo de novela, en donde un hombre se encontraba con una mujer joven para disfrutar del fin de semana. También yo iba a encontrarme con una mujer joven, pero no iba a disfrutar del fin de semana; iba a matarla.

Lobby
Vestíbulo, sala próxima a la entrada.

Azabache
Color negro brillante.

La vi en el lobby del hotel. Se paseaba de un lado a otro, indecisa; aunque no parecía buscar a nadie. Finalmente se acercó a la barra y pidió un vaso de leche fría. El azabache de su pelo resultaba más inquietante que en la fotografía.

—No es el mejor modo de combatir la ansiedad —dije.

Me miró; sonrió levemente.

—¿Quién le ha dicho que estoy ansiosa?

—No hay más que verte.

—¿Psicólogo?

—Curioso.

Habíamos roto las barreras. Dijo que se llamaba Patricia; por alguna razón ocultaba su nombre, debía cuidarme. Dijo que era madrileña.

—Uruguayo —mentí.

Establecidas las reglas del juego, entretuvimos la tarde hablando tonterías.

—Si me prometes cambiar la leche por un rioja digno de nosotros, esta noche cenamos juntos.

—¿Y si no? —preguntó.

—Nos encontraríamos para el café.

—Ya no tengo ansiedad —dijo y volvió a sonreír—. A las nueve, aquí mismo.

La vi marcharse. Esa muchacha me gustaba más de la cuenta; mi oficio prohíbe ese tipo de gustos. Pensé que un whisky doble expulsaría el mal sentimiento, lo bebí de un trago, pero la muchacha me seguía gustando. Miré la hora, faltaban unos minutos para las siete. Acaso dormir ayudaría. Pedí la llave de mi habitación y ordené que me llamaran a las ocho y media.

Fue puntual, virtud infrecuente en las mujeres jóvenes y bonitas. Caminaba con estudiada despreocupación, usaba un vestido de tela liviana que le acentuaba las formas. Tuve la fantasía de que algunas horas después se lo iba a quitar.

—Magnífica —dije por todo saludo y llamé al barman. Dijo que no iba a beber. Le recordé la promesa; agregó que solo bebería vino durante la comida. Parecía una niña obediente; fuimos hacia la mesa.

Elegimos una exquisita carne de ternera, rociada con salsa de champiñones y acompañada de arroz blanco. Supe que en la bodega del hotel había Vega Sicilia y no vacilé: iba a ser su última cena; merecía el mejor de los vinos. Lo gozamos hasta la última gota y sirvió para recrear nuestras mentiras. Dijo que estaba en la isla con el propósito de recoger material para un futuro trabajo acerca de la identidad canaria. Quiso saber de mí. Me inventé una profesión liberal y un desengaño amoroso, dije que no quería hablar ni de una cosa ni de la otra. A la hora del café y el coñac, le confesé que me gustaba más de la cuenta y por primera vez, a lo largo de la noche, estaba diciendo la verdad.

Decidimos que fuese en mi cuarto. Estábamos de pie, junto a la cama y solo nos iluminaba la luna; se oía el ruido del mar, pero ni la luna ni el mar me importaron: toda mi atención estaba en ese cuerpo magnífico, sin una sola mentira. La comencé a desnudar, con la devoción que se pone en los grandes ritos. Me detuve en sus pechos, pequeños y armoniosos, y los besé lentamente; un imperceptible quejido y el minúsculo vibrar de su piel me hicieron comprender que no había errado el camino. Ahí me quedé. Buscó mi sexo y al rato estábamos desnudos sobre la cama. Cada vez me gustaba más y ella se ocupaba de fomentarlo: se acostó sobre mí y me cubrió con una ternura indescriptible, hasta que llegó el momento de las palabras entrecortadas y los pequeños gritos. Era una pena quitar al mundo a una muchacha así; la abracé casi con cariño. Se quedó dormida de inmediato. Estuve mucho tiempo mirando el techo y pensando en esas desarmonías, ajenas a uno, que lamentablemente no tienen arreglo. Recordé a De Quincey: "Si alguien empieza por permitirse un asesinato pronto no le da importancia a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente".

De Quincey
(1785-1859)
Periodista, crítico y escritor británico.

Un par de horas más tarde, ella abrió los ojos y me dijo algunas cosas que ahora prefiero olvidar. Le pregunté si conocía la Cueva de los Verdes y le propuse una excursión a la mañana siguiente. Dijo que sí; no sabía que estaba firmando su sentencia de muerte.

Un simple estuche de máquina fotográfica fue el refugio ideal para la Beretta 7,65, con silenciador incluido. Tomé un café sin azúcar de camino a la Cueva de los Verdes. Habíamos decidido encontrarnos ahí, a las diez de la mañana. La descubrí mezclada en un contingente turístico. Seguimos al guía y nos enteramos de que estábamos ingresando en una cueva que, trescientos años atrás, había construido la lava volcánica. Era un túnel que se prolongaba por kilómetros y kilómetros y del que apenas se habían explorado algunos miles de metros.

—Alguna vez fue refugio de los guanches —dijo a media voz.

—¿Los guanches?

—Los primeros habitantes de la isla —completó.

"Y ahora será tu tumba", pensé, con dolor. Conseguí que cerrásemos la marcha de los entusiasmados turistas y así anduvimos entre las tinieblas. Algunos temas de Pink Floyd y unas pocas luces de colores, astutamente distribuidas, le daban el toque fantasmagórico que el sitio precisaba. Los hijos de puta de mis clientes habían sabido elegir el lugar: un cadáver podría permanecer ahí largo tiempo hasta que el mal olor de su putrefacción lo delatase. Pensé que ese cadáver iba a ser el de Mercedes y sentí un ligero malestar. Decidí terminar el trabajo de una vez por todas y me detuve con la excusa de ver algo. El contingente siguió su marcha, ignorándonos. Abrí el estuche fotográfico.

—Aquí no se pueden sacar fotos —bromeó.

—No pienso sacar fotos —dije.

La Beretta en mi mano obvió cualquier otro comentario.

—No entiendo —dijo y había sorpresa en su espanto.

—No es necesario que entiendas—dije.

—Hay un error —dijo, casi suplicante—. Tiene que haber un error.

Dije que en estos casos nunca hay errores y apreté el gatillo. Se oyó un sonido corto y seco. Mercedes intentó decir algo, pero todo quedó reducido a un gesto de dolor y desconcierto. En mitad de su frente, casi a la altura de las cejas, comenzó a bajar un hilo de sangre. Di un paso atrás y vi cómo su bello cuerpo se derrumbaba para siempre. Con ternura la llevé hasta el rincón más escondido de la cueva y la cubrí con cenizas de lava. Me sacudí las manos y la ropa, comprobé que no había señales delatoras y caminé rápido hacia donde estaba el contingente. Habían pasado menos de diez minutos. Nadie reparó en su ausencia: estaban encantados jugando con el eco, una de las maravillas de esa cueva de la muerte.

Los pasos siguientes serían de pura rutina: debía desprenderme del arma y de la documentación fraguada. En Barcelona tendría tiempo de afeitar mi barba y tirar a la basura los anteojos de falso aumento. Entré en el hotel pensando en una ducha fría. Iba a pedir la llave de mi cuarto cuando una voz femenina, sus palabras, me enmudecieron.

—Me llamo Mercedes Gasset. —Oí—. Hay una reserva a mi nombre. Tenía que haber llegado ayer.

Giré la cabeza y la vi. Ojos grandes, labios sensuales y pelo agresivamente negro: era mi víctima, la real, que

llegaba con un día de atraso. Pidió un whisky. Pensé en Patricia, sola en la Cueva de los Verdes, cubierta de ceniza de lava; sentí un odio feroz por esta impostora e imaginé para ella un final innoble e inmediato. Diga lo que diga De Quincey, no hay que dejar las cosas para el día siguiente. Me acerqué y le dije que ese no era el mejor modo de combatir la ansiedad. Sonrió.

❦

Este cuento se publicó en *El final de la calle*.

Si te gustó…
El beguén, cuento de Angélica Gorodischer; *La cuestión de la dama en el Max Lange*, cuento de Abelardo Castillo; *Catedrales*, novela de Claudia Piñeiro; *La pregunta de sus ojos*, novela de Eduardo Sacheri; *Tiempo final*, serie dirigida por Diego Suárez y Sebastián Borensztein; *Cenizas del paraíso*, película dirigida por Marcelo Piñeyro.

"Desde el principio hasta el penúltimo párrafo está contado con oficio [...] al final desoye sus propios consejos y concluye abrupta pero previsiblemente, con un párrafo corto en que se descarga todo a través de un discurso forzado, antinatural".

Sebastián Lalaurette

Ana Victoria Cecchi

Buenos Aires, 1977

Socióloga y Doctora en Historia, docente e investigadora. Sus cuentos fueron publicados en distintas antologías de jóvenes escritores como *Uno a uno* e *In fraganti*. Ha sido premiada en el Concurso Interamericano de Cuentos Fundación Avon 2006 y en el Concurso de Relatos de Mujeres Biblioteca Esteban Adrogué en 2007.

La puerta de bronce

La niña de nombre triste no se quedaría nunca a dormir con Lucio. Ella vivía con sus padres y sus seis hermanos, y no se le permitía pasar la noche fuera de casa. Sin el contacto de aquella suave piel, Lucio, desvelado de abstinencia, pronto debió interrumpir el sueño en mitad de la noche para salir de la casa y encontrar en los bares del centro primero, y en los locales de juego después, un modo curioso de calmar su ansiedad: hablaba de ella, con amigos y conocidos, de la belleza de sus curvas, de sus senos redondeados, de su boca fresca, de la forma en que ella pronunciaba cada palabra de amor.

Era bonita. Su lacio cabello oscuro copiaba, pendular y rítmico, el movimiento de su pollera católica apostólica romana. Desde la esquina del colegio San Camilo, Lucio observaba el uniformado conjunto de muslos, jauría de inocencia, pasearse hasta doblar y perderse cuando una de todas aquellas adolescentes anónimas y perfumadas había detenido, por primera vez, sus oscuros ojos en los ojos de Lucio para reparar

en él y brillar como solo en Catamarca puede brillar el sol de otoño.

Aquel día, al llegar a su casa en el departamento de Valle Viejo, la mujer de Lucio lo esperaba para, en la cena, decirle que no creía poder sostener mucho tiempo más aquella simulación de casas, camas y vidas separadas; que podrían mudarse juntos de una vez y olvidarse de los comentarios del Valle entero y de la mismísima Virgen si era necesario; que esa no era vida, que le diera un beso, que lo había extrañado, que si no tenía hambre podían ir a la cama y comer algo después; que si le gustaba el color que había elegido, ahora era rubia, rubia platinada: su rubia debilidad. Mi rubia debilidad, repetía Lucio, pero imaginaba la oscura y lacia cabellera de niña entre sus dedos hasta dejar al descubierto la nuca de porcelana, muñeca de porcelana, mi muñeca.

Simulación
Fingimiento, disimulo, encubrimiento.

La mirada de Lucio se había cruzado con aquellos ojos brillantes, al doblar la esquina, todas las tardes de un mes entero hasta robarle una sonrisa, hasta lograr que se separase del grupo después y escuchar, en impostada voz de mujer, su nombre triste. Tenía una pequeña cicatriz en el dedo índice. Lucio había acariciado con cuidado la cicatriz para después llevarse aquel pequeño, delicado dedo a la boca la primera tarde en que ella accedió a quedarse en casa de él luego de haber dado un paseo en coche por el centro, llegar hasta la Alameda, tomarse un helado y un par de cervezas. Jugaban a la escondida: ella entraba a la casa de él por la tarde, a la salida del colegio, y seguía el

camino de eucaliptos, lapachos y jacarandás a escondidas de su mujer, de los vecinos y de los posibles comentarios sobre aquel amor imposible.

Una madrugada de primavera, desvelado, la boca llena de palabras calientes, Lucio se detuvo ante el repentino silencio del bar en el que pensaba terminar la noche, y una mano robusta y firme cayó amistosa sobre su espalda empapada. Era un antiguo compañero del Colegio Nacional al que no veía desde hacía varios meses: elegante y soberbio, la piel lisa y las cejas prolijamente arqueadas sobre sus ojos y sobre sus lentes importados. Había estado un tiempo de viaje por Europa y luego vivió en Buenos Aires para, hacía algunos días, instalarse en la residencia de su padre a la que todos conocían como La Puerta de Bronce. La ciudad toda era, para él, una enorme puerta de bronce, la entrada a aquella jaula montañosa y seca que era la provincia, donde nunca pasaba nada nuevo, donde las calles desoladas a la hora de la siesta repetían por las noches el conocido desfile de las mismas caras de siempre que giraban en torno a la plaza: una calesita avejentada por el paso del tiempo.

Pidió dos vasos de aguardiente con la distancia y formalidad propias de un superior. Pensaba ir y venir de la Capital todas las semanas, pasar unos días en Buenos Aires y volver en avión para que no se le hiciera tan pesado, para cortar la rutina.

—Hoy a la tarde anduve por el centro, por la plaza Veinticinco de Mayo, me paré frente a la catedral, y podés creer que pasaron un grupo de pibas por adelante y no se persignaron, ni una sola señal de la cruz,

ni un ademán, ni una referencia. Pero eso no quedó así, no señor, les grité que si eran unas chinas tan maleducadas para no respetar a Nuestra Señora del Valle por qué no se dejaban de gastar la plata de los padres en colegios privados y se quedaban en la casa para limpiarse el culo.

Solo cuando al hombre le sirvieron su vaso y brindó con Lucio por las chinas de su tierra, en el bar se reanudaron, de a poco, otras conversaciones y nuevos brindis posibles. Lucio escuchó a su compañero del colegio: el sábado por la noche organizaría una fiesta privada, con champagne y merca de la buena, con el Hueso y el Gordo.

—Va a venir gente importante y a los catamarqueños les va a quedar bien clarito lo que es divertirse de verdad. Eso sí, hay que traer pendejas, si están nuevitas mucho mejor, nada de caer con tu mujer que esta es cosa de jinetes. Vos andás con una morocha, ¿no? ¿Cuántos años tiene, diecisiete? Entonces te venís con la nena que hay varios que la quieren probar.

Aquellas palabras se clavaron en la garganta de Lucio como el primer trago de un whisky de mala calidad. Pensó que esa noche era la fiesta de egresadas, que ella ya tenía otra fiesta, que no iba a poder ser, que la morocha, su morocha de porcelana, no iba a poder ir a ninguna fiesta privada, que ella no bebía y que nunca había estado en una fiesta de hombres.

—Nunca estuvo en una fiesta de caballeros —dijo Lucio y agregó que el sábado era la fiesta del colegio en un boliche del centro: Le Feu Rouge. El hombre acercó la pesada mano a la camisa de Lucio hasta tomarlo por el

cuello y sonreír con la violencia de sus dientes blancos. En el bar el silencio fue completo.

—El sábado la buscás por el boliche y se vienen los dos a la fiesta privada, después te doy bien los datos y quedás como un duque.

La semana pasó para Lucio como pasan los días que anteceden a una tormenta de verano: con la penosa sensación de no terminar nunca. San Fernando del Valle de Catamarca apenas intuyó a sus jóvenes caudillos ocupados en algo grande, no escuchó el rechinar de las picadas en el sueño de la noche, no los vio brindar en bares ni casas de juego, no hubo golpizas ni malas palabras: estaban guardados. Salían a hacer los mandados, mandaban hacer los mandados como quien prepara la fiesta de cumpleaños de toda una estirpe.

Anteceden
Preceden, son anteriores.

Estaba bonita. El cabello oscuro y lacio se le desordenó al salir del boliche, doblar en la esquina y subir al coche de Lucio. No era la primera vez que ella encontraba sinceras palabras de amor para llevarlas al oído de Lucio y repetirlas, pero sí era la primera vez en que la muchacha de nombre triste lloraba frente a él como lloran los niños pequeños.

—Para ir a una fiesta de caballeros hay que ser una dama de sociedad y yo no soy ninguna dama, me siento el último orejón del universo —dijo ella y se abrazó a Lucio como si no fuera a volver a verlo.

Él condujo en el silencio de la noche hasta La Puerta de Bronce, donde con sus amigos cambiarían de coches para ir a la fiesta. Lucio dijo su nombre ante una caja metálica de la que surgió un sonido estridente que

obligó a la niña a dejar de llorar. Las puertas pronto se abrieron como si estuviesen tiradas por un centenar de fantasmas y un inmenso jardín cubierto de flores rodeó la casa. Ella sonrió y habló del paraíso. Caminaron de la mano hasta una pequeña puerta trasera en la que, al fin, Lucio llamó para que un hombre uniformado los recibiera, los separara y le impidiese el paso para quedarse con ella.

—Si hablás son boleta vos y tu mujer, ahora te das media vuelta, te vas y la morocha se queda —dijo el hombre sin mirarlo a los ojos.

Lucio no pudo desoír aquella orden como no se puede desoír el llamado de la muerte. Escoltado por la luz de los faroles regresó al coche y al jardín desierto en el que creyó ver a su niña entre las flores. Volvió a su casa del departamento de Valle Viejo siguiendo el río, con intenciones de meterse en la cama de su mujer dormida y hacerle el amor sin ganas, pero ni en la casa ni en la cama había nadie. Una nota lo esperaba sobre la mesada de la cocina como un perro faldero: "Tengo guardia en el hospital, vuelvo mañana, te quiere, besos: tu rubia debilidad".

Se recostó en la cama vacía. Imaginó a su mujer joven otra vez, con lacio y oscuro cabello sobre los hombros, imaginó rubia a su muñeca de porcelana y morocha a su mujer: morochas caras de porcelana. Luego imaginó que su antiguo compañero del colegio tomaba a sus morochas del pelo con la fuerza con la que se aferra un cacique a su caballo al tratar de huir de una guerra de caciques. Luego vio la pesada mano

sobre su morocha de porcelana para golpearla contra la pared hasta hacerla estallar.

Su mujer entró en la casa con el día. Le preguntó si estaba despierto, pasó por el baño, se lavó las manos primero y tomó una ducha después. Con el pijama puesto caminó hasta su cartera en busca de una pequeña bolsa de nylon que pronto acercó hasta Lucio que, desnudo, la observaba desde la cama.

—Recién trajeron a la guardia a la morocha esa con la que andás jugando a la escondida como un pelotudo, le hicieron mierda la cara y ya no sirve para nada. Te traje un pedacito de pelo de recuerdo para ver si te dejás de romper las pelotas de una vez.

Este cuento se publicó en *In fraganti. Los mejores narradores de la nueva generación escriben sobre casos policiales*.

Si te gustó…

Mata a tu Dios, cuento de Romina Doval; *Julieta y el mago*, cuento de Manuel Peyrou; *Los caimanes*, novela de Inés Arteta; *The Buenos Aires affaire*, novela de Manuel Puig; *Epitafios*, serie dirigida por Alberto Lecchi y Jorge Nisco; *Tesis sobre un homicidio*, película dirigida por Hernán Goldfrid.

"En la literatura policial hay inspectores y periodistas que tienen su propia saga. Ricardo Patán *Ragendorfer ya puede compartir esa categoría con personajes de ficción. Está considerado como uno de los mejores cronistas del género policial de Argentina".*

Revista *Anfibia*

Ricardo Ragendorfer

La Paz, Bolivia, 1957

Periodista especializado en noticias policiales y escritor. Escribió para las revistas *El porteño*, *Página 30*, *Tres puntos*, *TXT*, *Cerdos & Peces*, *Rolling Stone* y *Caras y Caretas*, y en los diarios *Miradas al Sur* y *Tiempo Argentino*. Fue columnista en noticieros y en programas de TV como *El visitante* y *El otro lado*. Escribió *Robo y falsificación de obras de arte en Argentina* (1992), *La secta del gatillo* (2002), *La Bonaerense* (1997), *El otoño de los genocidas* (2016) y *Los doblados* (2017), entre otras.

Blanca y radiante iba la novia

La mujer permaneció un buen rato arrodillada a metros del altar que exhibía una imagen de San Martín de Tours. Transcurría el atardecer del 30 de enero de 1919, y en ese momento no había nadie más que ella en el templo de la calle Isabel la Católica al 500, en Barracas. Al parecer, Enriqueta Rocafiguera, nacida en Murcia 35 años antes, tenía razones secretas para rezar en soledad. Había sido monja en la congregación de Jesús María y, como tal, llegó a Buenos Aires en 1912 para impartir catequesis. Lo hizo hasta que, por razones desconocidas, dejó súbitamente los hábitos. Ese jueves, al concluir su liturgia unipersonal, oyó el zumbido pertinaz de una nube de moscas que sobrevolaba el órgano. Apuró sus pasos y, al salir, una corriente de viento se le estrellaría contra la cara. En la calle vio los pañuelos que alguien había atado en el enrejado perimetral. Se sobresaltó, fue como si hubiera visto un fantasma. La percepción, tal vez, haya tenido que ver con

Liturgia
Conjunto de prácticas de cada religión.

una tragedia que había comenzado a gestarse unos 57 años antes.

Corazón espinado

En una tarde primaveral de 1892, en un campo bonaerense, una adolescente vestida de blanco jugaba a huir de un joven. Cada tanto se dejaba atrapar para besarlo con una arrebatadora pasión. Se llamaba Felicia Antonia Guadalupe Guerrero y Cueto, pero la llamaban Felicitas. Y estaba muy enamorada de Enrique Ocampo. No suponía, desde luego, que su padre tenía otros planes para ella. A esa misma hora, don Carlos José Guerrero, un próspero comerciante y hacendado de origen vasco, cerraba en el casco de su estancia el negocio más ambicioso de su vida. Al otro lado del escritorio, Martín de Álzaga –nieto del caballero español fusilado en la Revolución de Mayo y uno de los hombres más acaudalados del país– asimiló aquel asunto con un beneplácito rayano en la perplejidad. Al respecto, preguntaría:

Beneplácito rayano en la perplejidad *Aprobación que está cerca del desconcierto.*

—¿Puedo entonces anunciar mi boda con su hija en el diario *El Nacional*?

—Por supuesto. ¿Qué problema hay?

—El único problema es la edad del novio —dijo, sonrojándose.

—Pero si usted, amigo, está hecho un muchacho.

Por entonces, De Álzaga tenía 60 años. Luego de que se retirara, su futura suegra, doña Felicia Cueto y Montes de Oca de Guerrero, le comunicó a Felicitas la novedad.

Ella rompió en llanto, e imploró a su padre que reconsiderara la cuestión. Este se mostró irreductible. Felicitas insistía. Pero Guerrero daría por terminada la disputa con esta frase: "Usted me pertenece, y se la doy a quien yo quiero". Doña Felicia, en cambio, se mostraba más persuasiva: "Lo hacemos por tu futuro, niña".

El casamiento se efectuó dos meses después. Esa ceremonia, celebrada en la estancia La Postrera –el campo insignia del novio–, fue el acontecimiento social más importante del año.

Entre los invitados estaba Ocampo, que descendía de una tradicional familia porteña. Alicaído por la boda de su amada, se enrolaría en el Ejército para combatir en la guerra de la Triple Alianza.

La pareja, por su parte, no sería muy feliz. El marido siguió dedicado a sus negocios y Felicitas repartía su tiempo en los quehaceres de la casa y la escritura de epístolas amorosas que Enrique jamás recibiría; también cultivaba un hobby algo extravagante: criar sapos. Al año nació el primer fruto del matrimonio, y fue bautizado con el nombre de Félix Francisco.

En 1869, don Martín partió hacia Rio Grande do Sul para liquidar unos campos. En paralelo, Ocampo regresó del Paraguay y se reencontró con Felicitas: el amor entre ellos seguía intacto. Pero por aquellos días una tragedia golpearía a la mujer: el pequeño Félix Francisco enfermó de fiebre amarilla y moriría luego de una atroz agonía. Para Felicitas ya nada volvió a ser igual. Ello incidiría en su ruptura con Enrique.

—¡Tené el coraje de decirme que nunca me amaste! —exclamaría él.

—¡Tengo el coraje de decirte que te amo, y que nunca te olvidaré! —fue la respuesta de ella.

Todo indica que Ocampo no se resignó a la nueva situación.

Poco después, Felicitas volvió a quedar embarazada. Su segundo hijo murió a los pocos días de nacer. De Álzaga, que ya tenía problemas de salud, quedó muy afectado por los fallecimientos de sus hijos y dejaría de existir unos meses después.

La viuda, que tenía en ese momento 24 años, heredó setenta mil hectáreas, varias propiedades y una nada desdeñable suma de dinero: era la mujer más rica de Buenos Aires. Ello, claro, exacerbaría el carácter codicioso de su padre, que –con el pretexto de asistir a Felicitas en el manejo de sus bienes– intentó poner semejante patrimonio bajo su control. Fue en vano; ella era una mujer de gran personalidad y tomó parte activa en la administración de sus bienes.

Por su parte, Enrique creía haber encontrado una nueva oportunidad para unirse a Felicitas. Ella, inmensamente rica y no menos bella, se convirtió en la mujer más requerida de la ciudad. Con la excusa de guardar luto, trataba bien a todos, sin dar esperanzas a ninguno.

Durante uno de sus viajes a la estancia La Postrera, una tormenta hizo perder el rumbo a su carruaje. Entonces se acercó un jinete.

—Esta es mi estancia, que es la suya —fue su carta de presentación.

Esa noche, ella fue huésped de don Samuel Sáenz Valiente. El hombre del cual Felicitas se enamoraría y, pocos meses después, se comprometería en matrimonio.

El 30 de enero de 1872 Felicitas fue al centro para ultimar los detalles de la inauguración del primer puente sobre el río Salado, un evento al que concurriría hasta el gobernador de la provincia, Emilio Castro. En su ausencia llegó Ocampo a su quinta, situada en lo que hoy es el barrio de Barracas. Minutos después llegaron dos carruajes; en uno iba ella y, en el otro, su prometido.

En ese instante, se precipitaron los acontecimientos. Ocampo pidió verla a solas. Felicitas, sospechando que venía a quejarse por su inminente boda, aceptó por temor a la escena que su antiguo amante podría desatar.

Por cierto, no se había equivocado: Ocampo descargó sobre Felicitas una lluvia de reproches. Y ella lo rechazó con frialdad. Finalmente, se escucharon dos detonaciones. Y, luego, el silencio.

Felicitas yacía moribunda por un tiro que le ingresó por el hombro derecho para atravesarle un pulmón. Enrique, ya sin vida por un disparo en la sien, la sujetaba a ella entre los brazos; de su índice derecho aún colgaba un viejo pistolón. Ella exhaló su último suspiro unas horas después.

Al día siguiente, los cortejos fúnebres de ambos se cruzarían en la entrada de La Recoleta.

El día del fantasma

La muerte de Felicitas horrorizó a la sociedad porteña. Don Carlos José Guerrero –en circunstancias, desde luego, no deseadas– accedió a su máximo anhelo: heredar todos los bienes de su hija, dado que ella no tuvo descendencia. Y como homenaje a su

memoria, no se le ocurrió mejor idea que la de construir un templo católico en el sitio de la tragedia. El proyecto de la iglesia Santa Felicitas corrió por cuenta del arquitecto Ernesto Bunge y fue inaugurado el 30 de enero de 1876.

Su diseño posee un estilo ecléctico alemán, con elementos neorrománticos y góticos. Atrás de la nave principal se instaló el oratorio personal de la familia Guerrero. El púlpito, a su vez, tiene formas bizantinas, mientras que desde el techo abovedado, unas arañas con caireles de cristal irradiaban una luz algo mortecina. Y a la izquierda del vestíbulo aún resalta una estatua de mármol con las figuras de Felicitas y su hijo Félix, en tanto que, a la derecha, otra mole evoca al desafortunado don Martín.

En el verano de 1907, cuando la iglesia fue restaurada por primera vez, los obreros descubrieron que los ángeles de la fachada tenían el ala derecha caída –ya se sabe que a Felicitas le dispararon en ese lado del hombro–; para colmo, de modo inexplicable, las campanas empezaron a sonar. En aquella ocasión, incluso, se llegó a decir que la mismísima Felicitas se paseaba por detrás del enrejado perimetral del templo, sin dejar de llorar. Era nada menos que el aniversario de su muerte. Y para que se secara las lágrimas, cada 30 de enero había quienes dejaban pañuelos atados en los barrotes. Lo cierto es que ella así se convirtió en el fantasma más prestigioso de la ciudad.

Es posible que durante aquel jueves de 1919, Enriqueta Rocafiguera se haya topado con su alma en pena.

Sin embargo, ello no es más que una suposición difícil de probar: el cadáver de la ex monja fue hallado a la mañana siguiente al costado del atrio. En su rostro había una mueca de horror.

❦

Esta crónica se publicó en la revista *Caras y Caretas*.

Si te gustó…
La valiente Irene, cuento de Patricia Suárez; *Zugzwang*, cuento de Rodolfo Walsh; *Cupo*, novela de María Inés Krimer; *Ni el tiro del final*, novela de José Pablo Feimann; *Variaciones Walsh*, serie dirigida por Alejandro Maci; *Crímenes de familia*, película dirigida por Sebastián Schindel.

"Despedirse de un personaje es complicado. Me pasó con Ruth Epelbaum, la detective de la saga que escribí para la editorial Negro Absoluto. Espero tener otra oportunidad con Marcia Meyer, una periodista separada, con una hija adolescente y un jefe que no le perdona una".

María Inés Krimer

María Inés Krimer

Entre Ríos, 1951

Abogada y escritora de relatos policiales. Entre sus libros se destacan *La hija de Singer* (2002), novela con la que ganó el primer premio del Fondo Nacional de las Artes, *El cuerpo de las chicas* (2006), *Lo que nosotras sabíamos* (2009), *Cupo* (2019) y *Papeles de Ana* (2021), entre otras.

Turismo Carretera

MARCIA SOSTIENE EL CELULAR CON UNA MANO mientras con la otra disminuye la velocidad de la cinta. Mira el reloj. Está atrasada con la nota que le encargó su jefe, aunque, como siempre, sabe que es cuestión de aferrarse a la silla. El número de chicas desaparecidas aumenta cada día, la mayoría víctimas de la trata. Algunas, como Lourdes Martínez, no fueron olvi-dadas, pero a las otras se las tragó la tierra: ya hay más de cincuenta casos denunciados. De pronto siente un tirón en el gemelo. Se inclina para masajearlo. Al incorporarse ve que un hombre la mira. Pelo gris cortado a cepillo, cejas pobladas, short y musculosa azules. Nuevo en el gimnasio, piensa. Al bajar, Marcia tropieza, se le cae el celular. El hombre se acerca y lo levanta.

Trata
Tráfico de personas.

Gracias, dice Marcia.

Se dirige a la zona de abdominales. Busca una colchoneta, se acuesta. Hace tres series de veinte movimientos cada una. Los músculos empiezan a quemar.

Pese a que Vera ya tiene catorce, todavía le tira la cicatriz de la cesárea. Marcia se despide del profesor, levanta la mano en dirección a la mesa de entradas y sale.

Acre
Áspero, amargo, desagradable.

Camina por la avenida. Las copas verdes de los árboles. El ruido de los colectivos. Una moto. Tiene el cuerpo empapado y un olor acre le sube de los sobacos.

Marcia trabaja en policiales del diario *La Mañana*. La redacción funciona en una sala grande con ventanales que dan a una terraza. Hay una puerta frente a los ascensores. Un mapa de las comisarías. Un ventilador apagado. El ruido del *handy*. La pantalla del televisor fija en Crónica. Cada mediodía, no bien llega, Marcia mira los papelitos pegados con scotch en el armario, prende la computadora, se concentra en las noticias. Ahora, una atrapa su atención: "Allanaron dos prostíbulos VIP en el centro porteño".

¿Fuiste al gimnasio?

Camila hojea una *Caras*.

Sí, estoy destruida.

No vas a aflojar ahora.

Ni muerta, dice Marcia. ¿Novedades?

Un choque en Panamericana. Juan no tiene a quién...

Marcia la interrumpe.

Conocí a alguien.

Camila cierra la *Caras*.

¿Dónde?

En el gimnasio.

Contame.

El *handy* vuelve a sonar. Juan le hace una seña a Camila para que se acerque. Marcia mira al editor. Capote, Walsh, insiste Juan, pero ella sabe que la nota se juega en la calle. Hace años, cuando entró a policiales, tenía su propio buche, un comisario que le tiraba los galgos. Marcia se las ingenió para entretenerlo mientras le sacaba data. Ahora la cana tiene un departamento de prensa que funciona como filtro: ellos eligen la información que pasan. Es como en el truco, piensa, todo el tiempo orejeando la jugada. Una vez, cuando Marcia publicó una nota criticando a un capo de la cuarta le cerraron la canilla. Hasta que Camila llegó para una pasantía y su minifalda hizo milagros.

Marcia desgraba: "Para ellos, la chica es una cosa, es un medio de trabajo, de alguna manera la tienen que ofrecer, nunca la van a tener guardada y entonces es ahí donde pierden, están obligados a mostrarla".

El hombre sostiene la barra a la altura de los muslos. Levanta los antebrazos hasta tocar los bíceps. Los baja. Al repetir la serie, busca a Marcia con los ojos. Cuando termina, se le acerca.

El aire no funciona, dice.

Marcia señala el aparato.

Con este calor.

Él asiente.

Fabián, se presenta.

Marcia.

¿Hace mucho que venís?

Un tiempo. ¿Y vos?

Recién arranco.

Siguen parados, sin saber qué decir.

Nos vemos.

Claro.

Marcia revuelve el cajón de las mancuernas. Una se desliza y cae cerca de su pie. Suficiente por hoy, piensa. Desde que empezó la nota, le cuesta conciliar el sueño. El único informante que consiguió hasta ahora no le aportó gran cosa ni mencionó algo importante. Al salir del gimnasio, ve a Fabián parado en la esquina. Bermudas. Camisa suelta.

Vas para allá, dice.

Caminan unas cuadras uno cerca del otro buscando la sombra de los árboles. Él tiene una expresión particular en la comisura de los labios, en la manera en que mastica las palabras. Mueve los dedos, juega con un llavero. En el extremo cuelga un Chevy negro, en miniatura. Llegan a la avenida, doblan. Pasan un kiosco, una confitería. Marcia se detiene en la puerta de un edificio de ladrillo a la vista.

Vivo acá.

¿No es ruidoso?, pregunta él.

Te acostumbrás, dice Marcia.

Hace una pausa.

¿Querés un café?

No bien abre la boca, Marcia se da cuenta de que es otra cosa la que la impulsó a hacer la invitación. Por primera vez, desde que se separó, tiene el departamento disponible. Él hace un comentario sobre los espejos del palier. El ascensor zumba. Marcia forcejea con la Trabex. Cuando abre, Fabián se queda parado

en el pasillo. La luz de la mañana, filtrada por las persianas, rebota en la mesa de vidrio. Entran. Fabián se detiene en la lámpara metalizada, en la computadora que está sobre el escritorio. Mira una instantánea de Marcia en blanco y negro. Después, la foto de Vera.

¿Tu hija?

Sí, está en la playa, con el papá.

Él asiente con la cabeza.

Marcia lo lleva al dormitorio. Baja la persiana. Demasiada luz. Le pone una mano en la nuca y le da un beso corto en los labios. Juega con el botón de la bermuda. Aterrizan en la cama. Después, Fabián se adormece.

El ruido del *handy* perfora policiales. La pantalla anuncia: "Último momento". Camila, sentada en medio de la redacción come un sándwich de jamón y queso. Unas miguitas le caen sobre la musculosa. Las junta con la yema del índice y se las mete en la boca.

Te imprimí esto, dice.

Extiende los pasajes.

Marcia guarda los comprobantes. Como la más veterana en policiales, le tocó entrevistar a las pasantes. Camila había trabajado en prensa, hablaba inglés y manejaba como pocos las redes sociales. Una tarde, mientras compartían un café, Marcia le habló de Vera, de su dificultad para quedar embarazada. Pero a medida que pasa el tiempo se pregunta si no se equivocó con esas confidencias. Más de una vez la sorprendió inclinada sobre el escritorio de Juan. Marcia intenta escribir, pero algo le interrumpe cada frase, le nubla

lo que está por contar. Repasa la información que dispone sobre Lourdes Martínez. La chica era promotora, desapareció después de una carrera. Ya tiene para empezar, dónde hincar el diente: la madre acusó al gobernador, al hijo y al jefe de policía.

Cómo se llama tu candidato, dice Camila.

Fabián.

¿Y qué tal?

Marcia sonríe.

Me lo tenés que presentar.

Marcia le mira las piernas largas, interminables. Camila no necesita matarse en el gimnasio, piensa.

Marcia se baja del subte. Los carteles de neón le cambian la cara con el juego de luces y sombras. Un pie se adelanta al otro, afiches, luces, gente. Mientras camina, piensa en Fabián. Dos días atrás, al salir de la cocina, lo sorprendió mirando unas hojas alineadas al costado de la computadora. "¿Esto es tuyo?", preguntó. "Sí", dijo Marcia. "Una nota que estoy haciendo para el diario. Dentro de unos días viajo a una audiencia". Ya se encamaron varias veces, siempre de la misma manera, él la espera a la salida del gimnasio y después se esfuma en el aire. Cada vez que Marcia intenta averiguar algo más sobre su vida, él menciona unas materias de Económicas, una distribuidora de accesorios de General Motors, un futuro local en Warnes. Marcia entra al departamento. Abre la heladera y saca un yogurt. Lo está comiendo cuando suena el teléfono.

¿Sí?

Silencio al otro lado de la línea.

Hola, hola.

Cuelga.

Desde la avenida sube el ruido del motor de un auto.

Marcia prepara la valija. Dos pantalones, camisas, una remera. Almuerza y llama un taxi. Llega a aeroparque. Camina entre los altavoces. Gente con la mirada fija en los celulares. Puestos con diarios. Los carteles de arribos y partidas. Antes de embarcar entra al baño. Se lava las manos y las pone debajo del secador automático. Se sienta en la sala de espera y prende la computadora. Las evidencias contra el gobernador aumentan. Aunque ya tiene varios archivos de la nota, ninguno la convence. Sabe que el encargo de Juan aumentará la tirada de *La Mañana*: el escándalo promete. Ahora la azafata comprueba que los cinturones estén ajustados. Durante el vuelo, Marcia solo acepta un café y un vaso de agua. Al bajar, el sol le quema la nuca, la aplasta como un rodillo al asfalto. El hotel no tiene registrada la reserva. "Está todo ocupado", dice el conserje, aunque en el *lobby* hay un silencio de muerte. Marcia peregrina hasta encontrar una pensión. Se baña, se cambia la ropa. La siesta vació las calles. Camina con la camisa pegada a la espalda hasta llegar a Tribunales, un edificio amarillo, descascarado. Adentro, los jueces se mueven en sepia. "Recorrimos hospitales, hablamos con las amigas. En la comisaría decían que se había ido con el novio. No tenían papel para tomar la denuncia ni nafta para la camioneta", dice la madre. Al salir,

Marcia tiene la sensación de que la siguen. Se mete en una boutique, busca el refugio de un perchero. El patovica entra, da una vuelta, sale. Borcegos, remera negra, un Chevy tatuado en el brazo.

El mismo, piensa Marcia, mientras nota que el pulso se acelera. Recuerda que Fabián le habló del duelo entre las marcas. Ford. Chevrolet. Dodge. Torino. En principio, las carreras se corrían en tierra, pero desde los noventa se hacen en los autódromos. Al llegar, la noche es una vidriera iluminada. Sombras. Luces. No bien entra al departamento, mira el potus seco. Mensaje de Vera: "Mami, me hice un *tatoo* en el tobillo". Otro de Camila: "Tengo novedades". Se está metiendo demasiado, piensa. La imagen de cómo le refregaba el escote a Juan le taladra la cabeza. Y esa sugerencia de husmear en el Facebook. Marcia se desabrocha la camisa. Se la saca. Busca una remera vieja. Arranca dos hojas del potus. Las estruja con la mano, las tritura. Va a la cocina, llena una jarra con agua y humedece la tierra. El teléfono suena.

No atiende.

El teléfono vuelve a sonar.

Levanta el tubo.

La voz es áspera.

Pará con esa nota.

Marcia se sienta frente a la ventana, las rodillas contra el mentón. El edificio está rodeado de otros más bajos y mira, a través del vidrio, los techos con claros y sombras, pantallas de los televisores titilando, figuras que se mueven, ropas olvidadas en un ténder.

En ese momento, escucha el timbre. Tres veces en diez segundos.

Soy Fabián.

Recién llegué.

Quiero verte.

Marcia mira el reloj. Por un momento piensa en no abrir, pero pulsa el botón.

Fabián, con la mano apoyada en el marco de la puerta, balancea el llavero con el Chevy.

Pensabas que te ibas a escapar.

No bien entra, él le dice que la extrañó. Aflojá, sonríe, estás muy tensa. Ella le pregunta cómo va lo de Warnes. Mientras él le cuenta los problemas para la importación de repuestos, ella nota que se detiene en la foto de Vera. Es otra mirada. En el instante que dura queda fija en el portarretrato.

Marcia escribe: "Fuertes evidencias vinculan al gobernador, a su hijo y al jefe de policía con la oferta sexual en Turismo Carretera. Se investiga la relación con el caso de Lourdes Martínez". A un costado hay anotaciones. Juzgados. Fiscalías. Expedientes. Lourdes tiene la edad de Vera, piensa. Recuerda cuando, años atrás, perdió a la nena en Plaza de Mayo. La estaba observando juntar unas piedras. Por un momento se entretuvo con una marcha que avanzaba hacia el atrio de la catedral. Cuando se fijó, su hija no estaba. La buscó de una punta a la otra de la plaza hasta que la encontró detrás de la pirámide jugando con las palomas. Ahora Camila se acerca apantallándose con la *Caras*. Se sienta sobre el escritorio, cruza las piernas.

¿Terminaste?, pregunta.

En eso estoy, dice Marcia.

Estuve averiguando.

Extiende el índice, los otros tres dedos plegados sobre la palma.

Marcia frunce el ceño.

Te dije que no te metás.

Con vos no se puede hablar.

Marcia mira el ventilador.

Disculpame, dice.

¿Querés contarme?

La noche mantiene el calor de las paredes. Marcia camina cerca del cordón. Unos pasos retumban a sus espaldas. Se apura, no quiere darse vuelta. Ve un auto negro en la avenida. Está rígida cuando llega a su casa. Cuando cierra la puerta, se siente a salvo. Va a la cocina, abre la heladera y toma agua del pico de la botella.

Suena el teléfono.

No atiende.

El teléfono vuelve a sonar.

Marcia le pidió a su ex que prolongara sus vacaciones en la playa. Tiene miedo por su hija. Y por ese mail que recibió cerca del cierre y que eliminó después de verlo: "Si seguís con eso, la vas a pasar mal". Marcia se pone unas pantuflas. Busca la nota, se enrosca en el sillón. Calcula una vez más las páginas, el tiempo que le llevará revisarlas. No puede concentrarse. La mano presiona la rodilla. La abre hasta que los dedos se estiran al máximo y los vuelve a cerrar. Se para, entra a la

cocina, corta un pedazo de queso. Esa madrugada cree oír ruidos extraños. Le parece que es el ascensor. Y es el ascensor. Subiendo. Se detiene en su piso.

El gimnasio nuevo tiene una sala de aparatos y barras de pared a pared. Se ve, a través del vidrio, el azul de la pileta. Marcia hizo el cambio para no cruzarse a Fabián. Esa mañana arranca con la prensa. Empuja la plancha. Baja y se detiene cuando las piernas llegan al mentón. Las estira, las mantiene así unos segundos. Saca los discos y camina hacia el bar. Estuvo bien el cambio, piensa y busca una Gatorade de la heladera. A medida que transcurren los días, se convence de que pronto terminará olvidándose de lo que pasó. Vuelve a la sala de aparatos, se sube a la cinta. La prende y camina como si remontara un sueño. Ya entregó su trabajo en el que señala al gobernador y a su hijo como parte de una banda que captaba chicas en Turismo Carretera para prostituirlas en el extranjero. Juan le aseguró que saldrá el domingo como nota de tapa.

Marcia mira el reloj, para la cinta. Tiene que ir al supermercado, preparar la cena para recibir a su hija. Hace planes. Antes de entrar al diario, puede comprarle una remera. O preguntar el precio de la tablet que Vera le pidió para los quince. Sale a la calle. Camina unas cuadras hasta llegar a la avenida. Se detiene en la vidriera de la confitería, entra y elige una torta de chocolate. La está pagando cuando ve a Fabián parado en la entrada del kiosco. Marcia atraviesa la puerta con la torta pegada al pecho. Evita unos perros que la chumban, cruza la calle. Trastabilla dos veces, una al

tropezar con el cordón y otra al rozar un macetero. Da una vuelta a la manzana. El pecho le duele, la respiración se le bloquea. Cuando llega a su edificio, no acierta con la llave, la mano le tiembla. Atraviesa el palier. El zumbido del ascensor. Entra al departamento. Traga un Alplax con un vaso de agua, casi sin respirar. Trata se serenarse. Respirá despacio, piensa. Aflojá los tobillos, las piernas, los brazos. Guarda la torta en la heladera. Se mete en la ducha, deja correr el agua. Se prepara una taza de té. Afuera está oscureciendo. Los edificios adquieren una tonalidad ceniza. Marcia se muerde una uña, prende la computadora. Ahora el viento envuelve la ventana con las primeras ráfagas de lluvia. Vuelve a leer la nota, se detiene en el nombre del gobernador. Lo googlea una vez más, pone "buscar imágenes". En el acto de asunción, con la familia. En la inauguración de una guardería. En el centro de jubilados. En el festival de doma y folklore. En la llegada de Turismo Carretera. Al costado del palco, debajo de unos banderines de colores, una chica le llama la atención. Amplía la foto. No puede creer que sus ojos vean lo que está viendo. La credencial se lee con claridad. Dice: Jefa de Prensa. Marcia mira, como hipnotizada, las piernas largas de Camila.

Afuera, la lluvia golpea con más fuerza. Las hojas se amontonan en el balcón.

El celular suena.

¿Llegó Vera?, pregunta su ex.

No.

La calle estaba imposible, no pude estacionar. Al bajar se encontró con una amiga.

Marcia mira a través del vidrio. La terraza está anegada y el agua moja la ropa del ténder.

Al rato el teléfono vuelve a sonar.

¿Sí?

Tu nena quiere hablarte, dice Camila.

❦

Este cuento no se publicó previamente.

Si te gustó…

Sobre sus pasos, cuento de Marina Kogan; *Boogie, el aceitoso*, historieta de Roberto Fontanarrosa; *El petiso orejudo*, novela de María Moreno; *Las extranjeras*, novela de Sergio Olguín; *Historia de un clan*, serie dirigida por Luis Ortega; *El caso María Soledad*, película dirigida por Héctor Olivera.

"'El ciclista serial' es un cuento policial, de enigma, en tono paródico y con una vuelta de tuerca por el lado del absurdo. Lo escribí en la época en que participaba del taller de Laiseca a partir de una de sus consignas".

Marcelo Guerrieri

Marcelo Guerrieri

Buenos Aires, 1973

Es antropólogo, escritor y coordina talleres literarios. Publicó la blog-novela *Detective bonaerense* (2006), *Farmacia* (2016) y *Con esta luna* (2021), además de los cuentos publicados en *Arboles de tronco rojo* (2012). Su cuento *El ciclista serial* obtuvo el premio Narrativa Sudaca Bordes 2004, seleccionado por Ricardo Piglia y publicado por la editorial Eloísa Cartonera.

El ciclista serial

Yo, que de pibe miraba las películas de detectives en el Gran Splendid y soñaba con ser un gran investigador, hacer grandes deducciones, estudiar el perfil psicológico del asesino... ¡Qué mierda de perfil psicológico! Tuve que pasarme veinte mugrosos años siguiendo pistas truchas. ¡Veinte años como jefe de investigaciones de la Bonaerense Seccional Lomas de Zamora!; persiguiendo a cocainómanos de cuarta, preguntando por bailanteros borrachos a putas y travestis, escrutando los gestos de noctámbulos bebedores de cerveza y aspirando ese olor a grasa de paty en las pancherías de Yrigoyen. Averiguaciones en las remiserías con choferes que se creen Fangio y si los apurás un poco no saben ni lo que es un cigüeñal.

Escrutando
Verificando, examinando.

Toda esa vulgaridad me tuve que tragar yo, el jefe de investigaciones Aristóbulo García. Un genio entre mediocres.

Pero todo empezó a cambiar aquel maravilloso 21 de octubre del año 1998, miércoles a la tarde, día en que me

asignaron la investigación que bauticé con el nombre de "El caso del ciclista serial".

Al estilo de los grandes detectives, mi escuadrón de investigaciones es mínimo: un detective –o sea yo– y mi ayudante; nada más. Qué me vienen con grupos de diez tipos que siguen la pista de un vendedor de remeras falsificadas y terminan hablando del partido del domingo por *walkie-talkie*. Nada de eso; yo soy un clásico, al estilo Sherlock Holmes: el sagaz detective García y su inseparable ayudante Amadeo.

Amadeo es un tipo fiel y servicial, aunque un poco raro. Es el ayudante ideal: cumple órdenes y jamás hace preguntas. Nadie sabe bien de dónde vino. Un día lo vi caminando como perdido por la comisaría y lo adopté como a un perro. Me sigue a todos lados y más de una vez me ayudó en asuntos que venían mal paridos. Pero en el caso del ciclista serial, los dos tuvimos que esforzarnos al límite: ¡Qué lindo caso, carajo!

Se trataba de unos cinco asesinatos perpetrados en la vía pública en distintos lugares del partido de Lomas de Zamora. En ninguno de los cinco casos había motivos ni sospechosos evidentes. El móvil de robo había sido descartado, lo cual me llevó a pensar en algún psicópata del estilo de los asesinos seriales. Con las escasas pruebas que tenía –pruebas recogidas por los peritos en los lugares del crimen– me aboqué a elaborar una hipótesis que pudiera vincular los asesinatos entre sí. Tras dos semanas de arduas investigaciones, de crear y descartar hipótesis, tras litros y litros de mate, una noche, en la soledad de mi despacho, la mente se me iluminó y llegué a la verdad. Entonces comencé a escribir mi informe. De manera

frenética escribí toda la noche: sin detenerme, sin dudar; como los héroes realizan sus hazañas. La gloriosa imagen del general San Martín pegada en una de las paredes de mi despacho fue el único testigo de mi afiebrado ímpetu. A la mañana siguiente, cuando Amadeo entró a la oficina, me encontró dormido con la lapicera en la mano, exhausto, sobre el escritorio. Mi informe estaba terminado.

Me despabilé y le pedí que preparara una carpeta para presentarle el informe al comisario; entonces las cosas se empezaron a complicar.

—Ciclista se escribe con ce, Amadeo. —Me acuerdo que le dije cuando lo vi escribir el nombre del caso sobre la carpeta de cartón marrón clarita (el color que usamos en las investigaciones secretas). Pero las dificultades no iban a ser solo de índole ortográfica. Algo difícil a nivel "institucional" se nos estaba por presentar.

Rápidamente nos dirigimos al despacho del comisario Garrido y entramos sin llamar, como es propio en quienes llevan entre manos un asunto que no admite dilaciones. Luego de leer mi informe sobre el caso, el comisario soltó su apresurada y errónea conclusión.

—¿Qué es esta pavada del ciclista serial, García? —Yo pensé: "esas palabras te las vas a tener que tragar una por una, una por una".

Acto seguido me dispuse a exponer con lujo de detalles los pormenores de mi investigación:

—Señor comisario. Empezaré por los indicios más evidentes e iré hilando las deducciones hasta culminar mi exposición con la más sutil demostración que usted jamás haya visto en sus numerosos años de experiencia como Amigo del Orden. Tome. Observe esta fotografía del

primer asesinato. —El comisario tomó la foto con sus rollizos y peludos dedos, me apresuré a aclararle:

—Es una foto tomada por los peritos en el lugar del hecho: la esquina de Dardo Rocha y Moldes, localidad de Llavallol. En el centro se ve a la víctima echada en el piso boca abajo. Una vecina que a las seis de la mañana salió a baldear la vereda realizó el macabro hallazgo y llamó de inmediato a la policía. En el vértice superior izquierdo puede verse la rueda trasera de una bicicleta tirada en el piso. En ningún lugar del informe, el perito hace referencia al mencionado rodado. —Con tono socarrón agregué—: Qué le vamos a hacer, seguro un inexperto.

Socarrón
Burlón, irónico.

Hice una pequeña pausa. Me mojé los labios con la lengua y volví a arrancar con renovados bríos:

—Segunda foto reveladora. Asesinato de Norberto Garrafa, esquina de Irala y Machado: misma localidad, mismo asesino. —Amadeo le alcanzaba las fotos al comisario mientras yo iba y venía por el cuarto sin detener mi exposición—. Un joven remisero de la zona aseguró haber visto por las inmediaciones a un individuo de sexo masculino vestido con las ropas propias de los ciclistas: calza azul brillante y remera fucsia pegada al cuerpo. La víctima recibió una conmoción en la zona craneal derecha mientras que en la zona dorsal se pueden ver dos sospechosas rayas negras. Los peritos no aclaran con qué sustancia fueron realizadas. Me permito conjeturar que eran las llantas de la rueda del asesino, quien, luego de chocar a la víctima, le pasó por encima con su rodado macabro: un auténtico psicópata. Tercera foto; tercer asesinato: Suipacha y San Rafael, Turdera. Nombre del occiso: Aldemar

Darragueira. Se puede ver a la desgraciada víctima echada de costado sobre la acera. Le sangra la boca y tiene un brazo extendido hacia la derecha.

En este punto hice una nueva pausa, me incliné sobre el escritorio del comisario y le lancé mi pregunta. De prepo, como se debe hacer en estos casos:

—Comisario, dígame si ve algo sospechoso.

Ante la negativa, Amadeo le acercó una lupa.

—Mire con la lupa, señor comisario. Mire ese punto gris al costado de la rodilla izquierda de la víctima.

—¿Qué es eso? ¡No veo una mierda, García! No se me haga el misterioso que no estoy para perder el tiempo. —Las palabras de un mediocre. Nunca entendí cómo ese hombre había llegado a ocupar semejante cargo.

—Mi estimado señor comisario, ese minúsculo punto marrón que a cualquier otro investigador del montón le hubiera pasado inadvertido: ¡es un gomín! Para ser más específicos: el gomín de la rueda de una bicicleta de competición. Las sucesivas ampliaciones que mi fiel ayudante Amadeo ha realizado, con los escasos medios de los que disponemos en el laboratorio fotográfico, son más que elocuentes. Ese gomín pertenece a la bicicleta del ciclista serial. Y si los peritos incompetentes que usted tiene hubieran recogido aquella prueba, ya tendríamos en nuestras manos al asesino.

Solté mi conclusión con voz grave y decidida a la vez que daba un fuerte puñetazo sobre el escritorio. El comisario seguía sin dar crédito a mis observaciones y me insultaba con las expresiones más soeces que se puedan imaginar. Pero nada detuvo mi ímpetu por llegar a la verdad:

Soeces
Groseras.

seguro que aquellos eran los mismos insultos que recibiera Galileo cuando le contaba al verdulero de la esquina que era la tierra la que giraba y no el sol. Así de injusta es la plebe con los talentos de avanzada.

El tono de los insultos del comisario fue subiendo hasta que empezó a gritarme, descontrolado. Cuando vi que estaba a punto de tirar mi informe por el aire decidí jugar mi última carta: el as en la manga del inspector Aristóbulo García.

—Amadeo; el mapa de Lomas de Zamora, por favor. Cuélguelo en la pared —dije con tono tranquilo y esta novedad aplacó los ánimos del comisario, que me miraba desde su sillón con los ojos abiertos como el dos de oro.

Amadeo se apuró a desplegar el inmenso mapa y lo pegó sobre la pared con unos pedazos de cinta adhesiva. Luego, saqué de mi bolsillo un puñado con cinco chinches negras y las fui clavando en el mapa una por una en el sitio justo donde se había producido cada asesinato. Ante los ojos incrédulos del comisario, coloqué la última e hice un silencio para ver si se daba cuenta de algo.

—¿Qué carajo es esto, García?

—Señor comisario —le contesté, sin hacer caso a sus insultos—. ¿Qué forma geométrica han formado las chinches clavadas sobre el mapa?

—Ninguna, García.

Con la misma serenidad con la que un experimentado jugador de bochas se arrima al bochín, extendí mi mano hacia el mapa y coloqué la chinche roja en el punto justo:

—Esta chinche roja marca el lugar donde se producirá el siguiente asesinato: con ella se completa la figura que usted no ha podido distinguir. ¿Qué ve ahora?

—Bueno... ahora se ve algo parecido a un círculo —contestó el comisario, dubitativo.

Al fin parecía comprender mi hallazgo; aunque le faltaba dar el siguiente paso en el razonamiento.

—¿Y qué forma geométrica tienen las ruedas de las bicicletas?

—¡Redondas, García!, ¡redondas! —contestó fastidiado.

Entonces, con la maestría de los grandes, me dispuse a poner la cereza sobre el almendrado.

—Mire qué detalle curioso, señor comisario: ¿en qué lugar se ubica la chinche roja? —Ahí nomás le solté mi pregunta; me sentía envalentonado y seguro—. ¡Contésteme!

—¡Qué sé yo! ¡Déjese de hincharme las pelotas, García!

—La chinche roja está ubicada en el velódromo del Parque Municipal de Lomas de Zamora. ¡Allí será perpetrado el próximo asesinato!, ¡allí se completa el círculo de la muerte!, ¡la rueda del crimen! ¡La circunferencia macabra del ciclista serial!

Me acuerdo de las palabras del comisario tras mi brillante exposición.

—¡Váyase a la reconcha de su madre, García! ¡Por qué no se alquila una de detectives y se deja de joder por acá!

Al día siguiente me relevaron del caso.

Estoy acostumbrado a la incomprensión: es el precio que se paga por ser un genio; pero obviamente, no me quedé con los brazos cruzados. Después del laburo, junto con mi inseparable ayudante, nos fuimos a la bicicletería de don Cosme y nos aprovisionamos de todo lo necesario: para mí, una bicicleta de competición, casco, gafas,

botellita, inflador, gomines de repuesto y calza violeta fosforescente; y para Amadeo, una elegantísima bicicleta de paseo inglesa color azul: algo clásico, para no despertar sospechas. Cargamos el bolso con unos sánguches de miga, el termo, el mate y la cuarenta y cinco, y arrancamos con las bicis por Molina Arrotea.

No bien llegamos al velódromo, le pedí a Amadeo que se pusiera a preparar unos mates mientras yo hacía un breve reconocimiento del lugar: caminaba alrededor de la pista de ciclismo mientras sacudía los brazos simulando entrar en calor.

El carácter macabro de aquel sitio empezó a presentárseme de inmediato. Desde los carteles con indicaciones autoritarias e intolerantes hasta lo hostil y adusto del gesto de los ciclistas que circulaban veloces por la pista. Un chapón con letras negras pintadas sobre un fondo blanco decía: "PROHIBIDO" –en rojo– "jugar al fútbol en las cercanías de la pista". "NO" –en rojo otra vez– "circular con bicicletas de paseo por el andarivel interior". Otro cartel pegado sobre un tacho de basura decía: "NOSOTROS los ciclistas nos merecemos un lugar digno. Arroje aquí la basura". Otro: "Sr. ciclista, ejemplifique: Deposite aquí su basura". Este tipo de carteles, claramente autoritarios y elitistas, no se encontrarían, por ejemplo, en una pista de atletismo o en una cancha de fútbol. El carácter mafioso de este grupo empezó a perturbarme; a veces desearía no ser tan agudo en las observaciones; pero qué le vamos a hacer, así vine de fábrica.

Nunca pude entender qué es lo que le ven estos tipos al hecho de estar dando vueltas y vueltas sobre esos caños con ruedas: ningún cristiano puede quedar bien de

la cabeza después de darle y darle a la pedaleada durante horas. Hay algo de obsesivo y siniestro en esa relación simbiótica del ciclista y su bicicleta; a veces parecen confundirse el uno con el otro como el asesino con su arma.

Luego de dar una vuelta completa a la pista vuelvo al lugar donde había dejado a Amadeo: ¡El muy fresco se ha puesto a charlar con el cuidador del parque! Hacen todo tipo de comentarios sobre el tiempo, la lluvia que no llega y qué sé yo cuántas boludeces más. Lo llamo con voz firme. Al escucharme pega un salto y se despide del cuidador; viene corriendo con el termo en la mano y me ceba un mate, apurado, para que no lo rete por su distracción.

—Tómese un amargo, jefe; tenga —me dice con tono servicial mientras me acerca el mate.

—¡Amadeo! —le lanzo el grito severo—. No me llame jefe. No se da cuenta de que estamos en una operación secreta. ¡No sea pelandrún!

—Tiene razón, no me di cuenta. Disculpe, jefe.

Es inútil, pienso mientras le doy una chupada al mate y miro hacia la pista. Amadeo es así, un poco salame; pero es leal y compañero. Todo no se puede en esta vida.

Nos sentamos en unas gradas bajo unos árboles frondosos: son unos tablones de madera dispuestos para los espectadores que se agolpan en los días de competencia los fines de semana. Frente a nosotros desemboca la recta final, donde unos cuadrados blancos pintados sobre el asfalto marcan la llegada. Luego viene una curva pronunciada y la pista se aleja unos doscientos metros. En ese punto, la cinta asfáltica vuelve a girar y se pierde entre unos eucaliptos gigantes, para reaparecer a nuestra izquierda, donde comienza la recta final que completa el trayecto.

—Estoy seguro de que el asesino se encuentra entre nosotros —le comento a Amadeo y le devuelvo el mate—. Ojo clínico, Amadeo; ojo clínico.

—Usted es un grande, un incomprendido —afirma Amadeo y se queda mirándome como un perro que espera una caricia o algo de comida.

Nos quedamos así un instante, sonriendo. Es un momento de infinita comprensión entre nosotros. Me dan ganas de abrazarlo, de abrazarlo con fuerza, pero un jefe no puede permitirse semejantes efusividades.

—Usted también es un grande, Amadeo. —Y Amadeo se sonroja como si fuera un chico al que han retado. Mira hacia el piso y se pone a juguetear con el pie removiendo la tierra.

Los mates van y vienen en silencio mientras observo a los ciclistas que pasan veloces como meteoritos: satélites que describen una órbita estúpida girando alrededor de un sol que no existe. No son más de diez. Ninguno parece haber reparado en nosotros.

En la curva, a nuestra derecha, dos tipos se han detenido a un costado de la pista y charlan sin bajarse de sus bicicletas. Uno lleva un casco bordó que parece salido de una película de guerras interplanetarias y unas ajustadas calzas amarillas que le resaltan los músculos de las pantorrillas. Su compañero toma agua de una botellita de plástico que luego ajusta al caño de la bicicleta y por un momento los dos me miran en silencio. No quiero apresurarme... pero los rasgos del sujeto de calzas amarillas son los propios de los asesinos seriales: pómulos salientes, cráneo chico y la cabeza fina que termina con una mandíbula en punta. No en vano he leído y releído el genial

trabajo de Cesare Lombroso, *L'uomo delinquente*, en el cual este genial italiano, basándose en estudios antropométricos, describe las facciones y fisonomías propias de los asesinos seriales y malandras de todo tipo. Pero, como todos los talentos de avanzada, sus trabajos han sido falazmente atacados por mequetrefes y pelafustanes. Otro genio incomprendido.

Estudio antropométrico
Estudio de las dimensiones y medidas del cuerpo humano.

Desvío la mirada rápidamente y un ciclista con una remera llena de avisos publicitarios pasa veloz por la línea de llegada, luego aminora la marcha y aprieta un botoncito en su reloj cronómetro.

—¿Cómo anduvo eso, Torito? —le pregunta el tipo de casco bordó cuando pasa frente a ellos.

—Casi tres segundos bajo mi marca —contesta el ciclista y se aleja por la recta pedaleando despacio.

—¡Grande, Torito!, ¡grande nomás! —gritan los tipos mientras aplauden y ovacionan a su compañero.

Un pelotón de cinco ciclistas pasa ahora frente a nosotros. Van todos juntos en fila, uno atrás del otro; cada tanto alguno se adelanta, cambian posiciones y siguen avanzando. El ruido de las llantas al rodar sobre el asfalto de la pista se parece al murmullo de un enjambre de abejas enloquecidas.

—Como diría el General, "el movimiento se demuestra andando" —le digo a Amadeo y me pongo de pie—. Sigamos con la búsqueda; mi plan es el siguiente: usted me guarda todas las cosas y se me pone a dar vueltas con su bicicleta, despacio, por los andariveles exteriores, pero con la cuarenta y cinco dentro del bolso lista para entrar en acción. Yo voy a entrar a dar vueltas con mi bicicleta

para confundirme con el pelotón y escuchar las conversaciones; seguro que el asesino va a pisar el palito, algún indicio se le va a escapar. El subconsciente nunca miente, Amadeo. Hay que saber escuchar nada más.

Terminé de soltar mi plan y me subí a la bicicleta con la prestancia de un corredor experimentado. Mis calzas violeta fosforescentes dejaban ver mis cuádriceps largamente trabajados en el gimnasio de la Bonaerense, en interminables horas de ejercicio, durante más de treinta años. No por casualidad soy el campeón de salto en largo de los torneos interpoliciales Chapadmalal'97. Daba gusto verlos a esos pendejos recién salidos de la Vucetich mientras un veterano les pintaba la cara. Qué le vas a hacer..., derecho de piso que le llaman.

Mi excelente estado atlético me permitió acercarme al pelotón de ciclistas sin problemas. Al rato ya me habían adoptado como uno más de la colmena y empezaban a darme charla. Me inventé un pasado de corredor campeón que se había retirado por un viaje a Europa y que, ahora, a mi vuelta a la querida patria, buscaba integrarme al glorioso grupo de ciclistas bonaerenses. Mi historia cayó bien entre la concurrencia y de a uno se me fueron acercando a darme consejos y datos frescos sobre el ambiente ciclista. Así me enteré de que el presidente de la Comisión Directiva era el Pelado Magaldi: tricampeón sudamericano en la década del ochenta; ilustre ciclista que tuvo que retirarse tras su desgraciado accidente cuando en plena competencia se le cruzó un vendedor de panchos, una lluviosa tarde en el velódromo de Lanús.

—Era la única forma de pararlo al Pelado Magaldi; la única, te garanto —me confiesa un tipo canoso de torso

escuálido y piernas fibrosas. Algo en la camaradería cómplice que se ha generado me hace sentir a gusto. Ninguno parece ser el asesino.

Sin embargo, mi instinto de detective me lleva a acercarme a un tipo joven, de pelo largo y mirada torcida, que hasta ese momento no me ha dirigido la palabra.

—¡Vos nunca corriste en tu puta vida!, ¡son todos camelos! —me dice a modo de saludo cuando me pongo a su lado con mi bicicleta.

Aquella afirmación me tomó de sorpresa pero el aplomo que me caracteriza, y que me ha salvado en más de una situación comprometida, me lleva a refutarle con voz segura:

—Hace tiempo que no corro, es cierto..., estuve fuera del circuito. El mango, siempre atrás del mango. Había que parar la olla y me tuve que ir a España a laburar de lavacopas. De la bronca no me subí a una bicicleta en cinco años.

El tipo no me contestó. No lo vi muy convencido, pero su silencio me dio pie para soltarle una pregunta:

—¿Siempre venís a correr acá?

El pibe me volvió a mirar. Me estudió de arriba abajo como si tratara de descifrar algún enigma escrito en mi cara:

—¿Vos no serás un bufarrón, no? Esas calzas violeta parecen más de travesti que de ciclista.

Acto seguido aceleró la marcha y se alejó del pelotón.

Aunque estoy acostumbrado al trato descortés de los malandras, me reintegré al grupo un tanto confundido. Sería una deducción de principiante sospechar de este muchacho: por lo general, el asesino es el menos sospechoso.

Por un rato me quedé pedaleando en último lugar, meditando en silencio.

Si bien no tenía ninguna pista firme, me inclinaba por el tipo canoso: demasiado condescendiente, siempre con una sonrisa para todos. Estoy sumido en mis pensamientos cuando lo veo a Amadeo que me saluda con la mano desde el andarivel exterior.

—Es mi sobrino —le comento al resto del grupo como para no despertar sospechas—. Lo quiero introducir en el ambiente ciclista.

—Esto es así. De a poco le vas tomando el gustito a la bicicleta y cuando te quisiste acordar ya estás entrenando todos los días. Es un vicio, propiamente como un vicio —comenta el canoso y cada vez me parece más sospechosa su predisposición amigable.

Poco a poco, los integrantes del pelotón se van yendo y cada uno me saluda con efusión al alejarse. Parece que le he caído bien al grupo, aunque no descarto la posibilidad de que todo sea una enorme farsa montada para encubrir al asesino. El sol comienza a ocultarse tras los eucaliptos y el cielo se cubre de un color mezcla de naranja y amarillo; asoman las primeras estrellas y el ruido de los grillos con su canto monótono contribuye como telón de fondo a un atardecer que es propiamente para una foto, de esas que ganan los concursos de las revistas.

De pronto descubro que estoy andando solo por la pista; y hay algo que anda mal: ya di tres vueltas y ni rastros de Amadeo. Se me ocurre que lo más prudente sería ir hacia la casilla del cuidador y ver si Amadeo está charlando otra vez con él, pero hay algo que me impulsa a seguir pedaleando.

Ya es noche cerrada y unos focos de neón dispuestos cada tanto alumbran el circuito. El asfalto brilla con una luminosidad grisácea y los cascarudos y polillas trazan vuelos frenéticos alrededor de las luces. Hay algunos tramos en los que faltan los focos y apenas puedo vislumbrar las líneas blancas de los andariveles.

Una sensación extraña se ha apoderado de mí: sobre la bicicleta, pedaleando a toda velocidad, me siento fuerte, gigante y feliz; el aire que choca contra mi frente parece transformarse en energía como si se fundiera con mi cuerpo a través de una inexplicable fusión atómica. Siento que cada centímetro que recorro en lugar de quitarme energía, me la agrega. Solo me interesa seguir pedaleando y pedaleando hasta que algo suceda. Estoy unido a mi bicicleta en una deliciosa comunión, fuera de toda lógica.

Un sonido me trae de vuelta al mundo; es un murmullo que se va acercando desde atrás hasta que se instala pegado a mis espaldas como un zumbido molesto. No dejo de pedalear –el rostro contraído, la mirada fija en el andarivel– hasta que de pronto una figura se dibuja a mi costado. Reconozco al pibe de pelo largo que se había alejado del pelotón. Su pelo ensortijado se sacude en el aire mientras se me adelanta.

Redoblo mi pedaleo y consigo quedar pegado a su rueda trasera. Su melena parece querer hipnotizarme y su olor penetrante inunda el ínfimo espacio que nos separa; ambos llevamos la misma velocidad y parece que fuéramos un solo cuerpo que avanza; casi pegados nos adentramos en la recta final hasta que con un esfuerzo extraordinario acelero aún más la marcha, le doy un leve toque a su rueda trasera y la bicicleta del pelilargo vuela por el aire junto con él.

—¡Loco de mierda! ¡Sos un loco de mierda! —grita el pibe y escucho sus alaridos que se van perdiendo detrás de mí.

Avanzo y avanzo sin mirar atrás; me siento un grandísimo ser, un héroe mitológico que vuela sobre su caballo presuroso: las ruedas son alas y el viento que choca contra mi cara es el néctar del que me alimento para acelerar a la velocidad de la luz en mi carrera justiciera. Paso por la zona de los eucaliptos a toda velocidad y agarro la curva con una leve inclinación de mi cuerpo. Ahora me encuentro otra vez sobre la recta final y a lo lejos, pero cada vez más cerca, veo al pelilargo que trata de incorporarse con movimientos torpes. Un farol le da de lleno sobre la pelambre enmarañada. Amadeo entra en escena con intenciones de ayudarlo a levantarse.

Ya no puedo acelerar más. Todo mi cuerpo es un mazacote de músculos tensos y la transpiración recorre toda mi piel a la misma velocidad que la sangre se dispara por mis venas. Avanzo hacia la llegada. Soy un bólido lanzado desde el espacio directo hacia ese cuerpo que sacude sus brazos suplicantes; cada vez más agitado, cada vez más cerca, hasta que la figura del pibe se sacude frente a mí. Después... un ruido de huesos que se rompen, un sabor amargo en la boca y el rostro de Amadeo que se recorta sobre un cielo negro con estrellas. Lo último que recuerdo es un farol de neón que no deja de prenderse y apagarse y el sonido de una rueda de bicicleta que gira en el aire. Luego: la oscuridad total.

Cuando vuelvo a abrir los ojos me encuentro en mi cama; está sonando la campanilla del teléfono. Trato de incorporarme para atender pero un dolor en la espalda

me obliga a quedarme boca arriba. Escucho a Amadeo que atiende desde la cocina:

—En este momento el inspector García no puede atenderlo, pero si me deja su nombre lo llamará a la brevedad.

—Acá estoy, Amadeo; ya estoy despierto. ¿Quién llama?

Amadeo se disculpa en el teléfono y se acerca a mi lado.

—¿Ya está bien, jefe?, ¿le duele algo?

—Un poco la espalda, ¿quién es?

—Es el comisario en jefe de la departamental, dice que es urgente.

—Páseme el teléfono, Amadeo... ¡Qué espera!, ¡no sea salame!

—Buenos días, señor comisario en jefe. ¿A qué debo el honor de su llamado? —digo tranquilo mientras me acomodo sobre los almohadones.

—Inspector Aristóbulo García, tengo el placer de informarle que a partir del día de la fecha usted ha sido promovido a comisario. Felicitaciones. Mañana mismo será la ceremonia de promoción.

—Y... ¿a qué debo este inmenso honor, estimado comisario en jefe? —pregunto, apenas con un hilo de voz.

—El destino siempre es justo con quienes se lo merecen, comisario García. No me asombra que este nombramiento lo tome de sorpresa luego de lo injusto que ha sido con usted el ex comisario Garrido. Resulta que por casualidad, en una reunión de camaradería hace un par de días, el ex comisario Garrido nos comentó, con tono burlón, los pormenores de la teoría de uno de sus investigadores acerca de los misteriosos asesinatos del mes último: teoría

que calificaba de absurda e incoherente y en la que usted aseguraba que el próximo asesinato sería cometido por un ciclista en el velódromo Municipal.

—Efectivamente, señor comisario en jefe. Se trata de mi teoría sobre el ciclista serial por la cual ese mediocre de pacotilla me relevó del caso.

—No se ofusque, comisario, no se ofusque: la verdad siempre está del lado de los justos. Esta mañana, mientras hojeaba el diario, me encontré con la triste noticia. ¿La leyó usted?

—No. Acabo de despertarme.

—Entonces paso a leerle. El titular del matutino policial dice así: "Lomas de Zamora. Macabro hallazgo. Un individuo de sexo masculino de unos veinticinco años de edad fue hallado muerto en el velódromo Municipal. El occiso se hacía llamar 'el Gringo' y era un reconocido ciclista del círculo bonaerense. El joven recibió un traumatismo de cráneo que le produjo la muerte instantánea. El cuidador del parque y sus compañeros hacen mención a un extraño ciclista que apareció aquella tarde acompañado por su sobrino. Junto al cuerpo de la desgraciada víctima, además de su propia bicicleta destrozada, se encontró una bicicleta de competición partida al medio y otra de paseo, inglesa, color azul, en perfecto estado. Fuentes no oficiales indican que la policía estaría tras la pista de lo que han dado en llamar 'El caso del ciclista serial'". Eso es todo, comisario. Y si el señor Garrido hubiera prestado atención a sus geniales deducciones es probable que hoy no tuviéramos que lamentar el deceso de este inocente muchacho. Lo veo mañana en la ceremonia, comisario. Buenos días.

—Buenos días —contesté con un suspiro y le acerqué el teléfono a Amadeo para que cortara.

—¿Qué pasa, jefe?, ¿se complicó el asunto?

—No, Amadeo, todo lo contrario. Al fin alguien ha valorado mi genio. Yo sabía que esto iba a pasar alguna vez. Póngase la pava para unos mates y ábrase el pan dulce que quedó de la navidad pasada. Estamos de festejo.

—Como usted diga, jefe.

—Amadeo —le dije cuando lo vi que enfilaba para la cocina—, de ahora en adelante no me llame más jefe, llámeme comisario: el comisario Aristóbulo García. Un genio entre mediocres.

❦

Este cuento fue publicado por Eloísa Cartonera.

Si te gustó…

La piel de la serpiente, cuento de Mercedes Giuffré; *La marca del ganado*, cuento de Pablo de Santis; *Causas urgentes*, novela de Paula Rodríguez; *Plata quemada*, novela de Ricardo Piglia; *Mosca & Smith*, serie dirigida por Diego Kaplan; *Todos tenemos un plan*, película dirigida por Anita Piterbarg.

"Una novela negra no es la historia de una rubia de piernas hermosas que llega a la oficina de un detective privado porque quiere encontrar a su marido. O no es solo eso. En primer lugar, las novelas del género colaboran con la formación política del lector, cuentan historias que es necesario leer en relación con el sistema social en el que vivimos".

Juan Mattio

Roberto Bardini

Buenos Aires, 1948

Periodista y escritor. Fue corresponsal de guerra en Costa Rica, Belice, El Salvador, Nicaragua, Irak y el Líbano. Colaboró en agencias de noticias internacionales y sus notas periodísticas fueron publicadas en las revistas *Cambio* y *Humor*, y en los diarios *El Día* y *Página 12*. Publicó los libros *Belice, la historia de una nación en movimiento* (1978), *Edén Pastora, un cero en la historia* (1984), y *Rebeldes en penumbras. Vidas ilustres de hombres olvidados, ignorados o condenados* (2013), entre otras. Desde 2015 junto con Rolo Diez lleva adelante la colección Código Negro de la editorial Punto de Encuentro, dedicada al género policial negro.

Una cuestión de química, digamos

—Lo he investigado minuciosamente y usted es el hombre —fanfarronea el gordo de sonrisa torcida—. Y espero que este primer trabajo que voy a encargarle sea el inicio de una... digamos... fructífera relación de conveniencia recíproca.

El gordo es ostentoso, desagradable. Hace veinte minutos que habla sin parar.

Está sentado frente a mi destartalado escritorio e intenta imitar los modales y el lenguaje de los hombres de negocios. Viste un traje de seiscientos dólares, la corbata es de seda y el anillo tiene casi el mismo tamaño que un escudo medieval. Su reloj debe costar el equivalente a seis meses de alquiler de mi oficina en el barrio de Monserrat. Pero a pesar del decorado y la utilería que lleva encima, el tipo es más ordinario que un diente de madera.

Ostentoso
Que muestra exageradamente lujos y riquezas.

Mientras habla, lo he fichado mentalmente.

Free lance
Persona que trabaja por su cuenta, sin contrato laboral.

Es un operador *free lance* de cuarta categoría. Un alcahuete más de los tantos que merodean despachos políticos, reptan el ambiente empresarial, zigzaguean la farándula y se fotografían con vedettes tan de cuarta como ellos mismos. Pertenece a la fauna de los que de la noche a la mañana pasaron del bofe frito al bife de lomo y del vino común de mesa al Achaval Ferrer. Y como ellos, es un tipejo detestable, utilizable, descartable.

—El trabajo es sencillo —me ha dicho luego de preguntarme si mi pasaporte estaba en regla—. Una vez por mes, o cada dos, deberá viajar a Panamá. Allí hará un trasbordo hacia otro país centroamericano o caribeño sin pasar por el control aduanero. Llevará como equipaje de mano un maletín... con cinco o seis kilos de dólares. Se dice fácil, pero son millones, ya me entiende. También llevará en la solapa una pequeña identificación que evitará la revisión del maletín al llegar a destino. Es una operación segura, sin riesgos.

Hace una pausa para ver el efecto de sus palabras.

Seguramente espera que yo me desmaye de emoción, me dé taquicardia o pierda el control de esfínteres. Continúo observándolo en silencio, con expresión de pescado de aguas frías. Si espera alguna emoción de mi parte es que no me ha investigado tan minuciosamente.

—Depositará los dólares cada vez en un banco diferente, de tres o cuatro que le indicaré en su momento.Y su comisión será... digamos... de medio kilo, además de viáticos y todos los gastos de alojamiento en hoteles de cinco estrellas.

Dice que dentro de tres días él mismo me llevará al aeropuerto. Mi avión saldrá a la una de la mañana con destino a Panamá. Allí tomaré otro vuelo rumbo a Belice.

—Ahora que finalmente lo conozco, confío en usted —agrega—. Es una cuestión de química, digamos.

Y me entrega dos mil dólares como adelanto. Solo por eso soporto otros veinte minutos de fanfarronadas. Cuando se despide y me da la mano, siento que estrujo el hígado de una gallina con peste aviar.

Hace mucho tiempo que no veo esa cantidad de billetes, uno sobre otro.

Abro la última gaveta de mi escritorio, saco la botella de whisky barato y me zampo un trago doble. Miro el techo a punto de caerse, las paredes descascaradas, la alfombra raída y le doy vueltas en la cabeza a mi próxima faena. Por fin se ha presentado mi primera buena oportunidad en todos los años que llevo en este oficio inmundo.

Faena
Tarea o trabajo que requiere un esfuerzo físico o mental.

Llamo por teléfono a mi amiga Candela. Le digo que a la noche no vaya al puticlub donde trabaja porque finalmente tengo buenas noticias y un mejor plan. Desde hace años los dos buscamos la salida del miserable pozo de mierda donde transcurren nuestras vidas.

Salgo a la calle y disfruto el frío: me gusta el invierno de Buenos Aires. Camino por Avenida de Mayo hasta la esquina y compro una botella de Glenlivet, el escocés *single malt* que, según la publicidad, tiene "el auténtico sabor del contrabando". Hago tres cuadras hasta Esmeralda y Rivadavia, entro a James Smart, recorro el salón, observo los exhibidores. En quince minutos elijo un traje gris oscuro, una camisa celeste y una corbata tejida azul. No me importa caminar seis cuadras más con todas mis compras hasta el viejo edificio de departamentos donde vivo. De pasada,

entro a una joyería, compro un par de aros Swaroski y pido que lo envuelvan para regalo.

En casa, pongo a Guns N'Roses a todo volumen en el viejo equipo de música y me doy una ducha bien caliente. Después, en calzoncillos, abro la botella de Glenlivet y disfruto un trago doble de verdad, sin hielo ni agua. Tengo el estómago vacío porque a mediodía solo comí un raquítico sándwich de queso, pero no importa.

Y a la noche voy con Candela a cenar a Lalo.

Hace mucho tiempo que no compartimos una buena comida con buen vino y buen postre en un buen restorán, y ella se lo merece. En los últimos meses, con tal de que salgamos del hoyo, Candela participa en casi todos mis asuntos. Le describo en voz baja la visita del gordo de sonrisa ladeada, la propuesta de viajar, el maletín. Le cuento que el tipo me aseguró que era una operación segura, sin riesgos. Cuando termino de contarle y le digo que el único problema es que yo no tengo mi pasaporte en regla, casi nos ahogamos de la risa. También hace mucho tiempo que no nos reímos a las carcajadas.

Y al final, mientras tomamos café, le entrego el pequeño paquete.

Ella quita cuidadosamente el lujoso envoltorio, abre el estuche y da un gritito. Se levanta de la silla y me estampa un tremendo beso delante de todo el mundo, la muy zorra. Detesto el exhibicionismo, las muestras públicas de afecto, pero no digo nada. El mozo nos obsequia dos copas de champán. Prefiero la sidra, pero un gesto es un gesto y antes de irnos le dejo una buena propina.

A pesar del frío vamos caminando abrazados cinco cuadras hasta Rivadavia y Talcahuano, donde ella vive. Como es cerca, preferimos ir a pie. Tenemos un coche viejo y abollado, que solo utilizamos en casos especiales: no podemos gastar en estacionamiento. Y en su casa, ya metidos en la cama y desnudos, hacemos como bestias lo que mejor sabemos hacer. Es placentero, nos mantiene unidos y resulta gratis.

Tres días después, el gordo me lleva al aeropuerto en su Audi R8. En la autopista fanfarronea que es el mismo modelo que usaba Leo Fariña, un tipo igual de ostentoso y desagradable, aunque mucho más delgado.

—Pero digamos que espero no terminar igual que él, detrás de las rejas —comenta con su sonrisa torcida.

"No", pienso. "Digamos que vas a terminar mucho peor".

Soporto sus bromas un par de kilómetros. Yo tengo puestos un abrigo y guantes, y eso le parece divertido.

—Usted va al Ca-ri-be, amigo —dice—. Al tró-pi-co. Chévere, chévere, ¿entiende?

Cuando falta poco para llegar, me doy vuelta y miro hacia atrás.

—Nos están siguiendo —le informo—. Hay un coche que viene detrás de nosotros desde la primera caseta de peaje.

Observa por el espejo retrovisor.

—¿Le pidió a alguien que nos custodiara? —pregunto.

—No...

—Si empiezo a sospechar que está mintiendo, este negocio se termina aquí mismo y pegamos la vuelta a Buenos Aires. ¡Dígame la verdad, carajo! ¡Llevamos un montón de plata y esto no es un jueguito!

—Le estoy diciendo la verdad… Se lo juro…

—¿Quién más sabe que esta noche vamos al aeropuerto?

—El dueño del dinero y la persona que me lo entregó… Pero ninguno de los dos conoce su nombre.

Eso seguramente es mentira, pero no me preocupa: hace años que no utilizo mi verdadero nombre. Lo que sí me inquieta un poco es que se haya filtrado el dato del maletín con los dólares. Vivimos tiempos violentos: hoy cualquiera te mata para robarte un reloj o una mochila.

—Bueno… —agrega el gordo—. También lo sabe una novia que tengo.

—¿Una mina? ¡Puta madre! ¿Quién es? ¿Dónde la conoció? ¿Cuánto hace que la conoce?

—Le dicen Candela… pero no sé si se llama así —tartamudea—. La conocí… en un cabaret. Hace tres meses que estamos saliendo. Es una buena mina, se lo aseguro…Y quiere cambiar de vida.

—Sí, sí. Todas quieren cambiar de vida. Y son capaces de hacer cualquier cosa por salir del pozo, las muy putas.

Vuelvo a mirar hacia atrás. El automóvil sigue detrás de nosotros.

—Fue ella quien lo recomendó a usted para este trabajo —balbucea el fanfarrón, ahora menos fanfa—. Y le aseguro que conoce gente, se entera de cosas, habla con policías, con informantes…

—Sinceramente, creo que usted es un gordo pelotudo —le digo con toda la amabilidad que me es posible.

Se queda callado. Parece a punto de hacer pucheritos como un bebé.

—Bien —digo—. Vamos a comprobar si nos siguen. No

acelere, siga a la misma velocidad. Cuando pueda, salga de la autopista, estacione entre los árboles y apague las luces.

Obedece sin decir media palabra. En la primera salida, toma un camino lateral que zigzaguea en un sendero de tierra, se detiene entre unos arbustos y apaga las luces. Pocos minutos después vemos los faros de un automóvil que se desplaza a baja velocidad por el sendero buscándonos en la oscuridad.

—Sí, nos están siguiendo —digo y desenfundo mi Glock 19 Compact—. ¿Usted está armado?

—No, no...

Transpira, a pesar de que es invierno. Me doy cuenta de que dice la verdad: pertenece a esa manada de inútiles incapaces de llevar siquiera la fotocopia de una pistola de aire comprimido en el bolsillo trasero del pantalón.

—Bueno, quédese tranquilo. Creo que puedo controlar esto.

Salgo del coche y tomo posición de tiro parapetado en la parte delantera. Cuando el otro vehículo está a menos de diez metros, apunto cuidadosamente y disparo tres veces.

Sin moverme de mi posición, observo a través del parabrisas roto del Audi R8.

La cabeza del gordo parece una cacerola destrozada llena de hamburguesas crudas.

Se fue de este mundo sin darse cuenta de que se iba y no hubo dolor en su partida, pero no merecía tanta consideración. Según él, me había investigado minuciosamente. Tendría que haberse enterado que detesto viajar en avión, nunca me alojo en hoteles de cinco estrellas, no me

gusta la comida caribeña ni la gente de los países centroamericanos y, sobre todo, no tolero el clima tropical. Y los que me conocen saben que no soporto a los fanfarrones. Es una cuestión de química, digamos.

Mañana, cuando encuentren el cadáver, los sagaces sabuesos de homicidios descartarán el robo al ver que el fiambre conserva el anillo, el reloj y la billetera. Probablemente pensarán en un crimen pasional, una venganza algo así, pero no tendrán ninguna pista. Y nadie denunciará la desaparición de millones de dólares destinados a salir ilegalmente del país. En un mes será un crimen irresuelto más, un caso archivado, un dato para las estadísticas.

El gordo no podía saberlo, pero yo no era el hombre indicado para llevar el maletín porque desprecio a los ricachones que envían divisas al exterior. Sacar dólares del país me parece un asunto muy feo, ilegal y antipatriótico. No todo tiene precio en esta vida y uno debe mantener sus convicciones.

Es una noche agradable. Hay una luna llena enorme, brillante. Vuelvo a colocarme la pistola en el cinturón, recojo del suelo los casquillos vacíos y los meto en un bolsillo. Saco del Audi el maletín con los dólares y camino hacia los faros del coche que nos ha seguido. Es un modelo viejo, tiene abolladuras y necesita varios retoques de pintura, pero seguiremos usándolo bastante tiempo más para no llamar la atención. Abro la destartalada puerta del acompañante y subo. Me quito los guantes y los arrojo al asiento trasero.

—¿Cómo salimos de aquí? —pregunta Candela.

—No tengo la más pálida idea, pero no te preocupes —digo y le doy unas palmaditas al maletín—. A partir de ahora tenemos toda la vida para encontrar una salida.

❦

Este cuento se publicó en *Doce relatos oscuros*.

Si te gustó…
La luz negra, novela de María Gainza; *Cavar un foso*, cuento de Adolfo Bioy Casares; *La reina*, novela de Gabriela Saidón; *Crímenes imperceptibles*, novela de Guillermo Martínez; *Hermanos y detectives*, serie dirigida por Damián Szifrón; *El bonaerense*, película dirigida por Pablo Trapero.

Se terminó de imprimir en los meses
de noviembre y diciembre de 2021
en los talleres gráficos de Arcángel Maggio,
calle Lafayette 1695, Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.

LIBROS Y CASAS

Bajo sospecha
Relatos policiales

Un crimen, una investigación, una persona culpable. El enigma policial es una forma narrativa perfecta que nos seduce inmediatamente porque enciende nuestro deseo de averiguar lo que está oculto y nuestro instinto de justicia. Lo mejor de los misterios es la posibilidad de resolverlos. Y ahí está el policial para hacernos creer que detrás de cada incógnita, de cada enigma, está la llave que encaja en la cerradura y resuelve el misterio.

ISBN 978-987-8915-05-0
9 789878 915050

librosycasas.cultura.gob.ar

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat
Ministerio de Educación
Ministerio de Cultura
Argentina